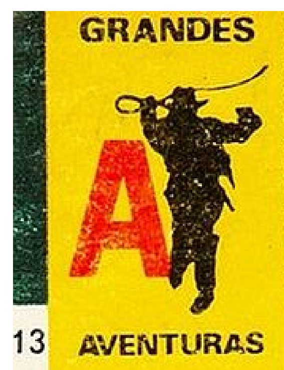
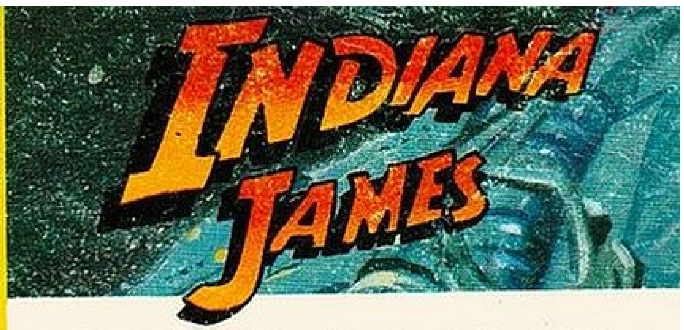


13



UN AUTOBUS MUY... ESPACIAL

Indiana James se verá implicado en la pugna de dos grandes potencias, sufrirá los rigores del vacío espacial y luchará por su vida a
15 000 Km.
De la superficie terrestre. Y todo esto sucederá cuando aborde «Un autobús muy espacial».



Indiana James

Un autobús muy espacial

Bolsilibros - Indiana James - 13

ePub r1.0
LDS 24.04.18

Título original: *Un autobús muy espacial*
Indiana James, 1986
Cubierta: Almazan
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



GRANDES



AVENTURAS

CAPÍTULO PRIMERO

Como ustedes podrán comprender perfectamente, yo me sentía moralmente en deuda con Zenna Davis.

En muchas ocasiones me había prestado dinero para mis aventuras, confiando en poder publicar los reportajes de mis «hazañas».

Y en un montón de ocasiones me había visto obligado a pedirle que no contara nada.

El episodio de las «Razones de Estado» había colmado el cupo de su aguante:

—¿Has tenido alguna brillante idea para conseguir devolverme el dinero que me debes? —Me preguntó después de un rato, un buen rato, de alegre esparcimiento.

Balbuceé un par de proyectos: ser el primer individuo que invernara en la Antártida dentro de una tienda de campaña, enfrentarme a los cazadores de cachorros de focas del Canadá…

—¿Y astronauta? ¿No se te ha ocurrido ser astronauta? —Me interrumpió secamente.

—Si está bien pagado… —¡Dije yo resignadamente!

—No voy a pedirte nada tan difícil. —Dijo ella sonriéndome melosamente—. Pero sí creo que te voy a necesitar para «algunas cosillas».

Yo estaba demasiado en deuda con ella como para contestar con mi habitual: «depende lo que sean esas cosillas». Así que, suicidamente, respondí:

—Puedes contar conmigo para lo que necesites.

Nada más pronunciar aquellas palabras, como si se tratase de la mágica frase: «Sésamo, ábrete», los labios de Zenna se dilataron en una amplia sonrisa de satisfacción.

Y comenzó a hablar.

—Yo tenía un dinero para encargar a unos pintores que le proporcionaran un nuevo «aire» a mi apartamento. Ese dinero ya no está en la cuenta corriente, así que, yo quería pedirte que…

Hay pocas cosas en la vida que me asustan, y pintar no es una de ellas, así que accedí, sin mayor problema.

Accedí a pintarle el piso. Y además a hacerlo en aquel color violeta fosforescente que ella estaba convencida que iba a ponerse de moda el año siguiente.

—Y, ya que tienes que mover los muebles de sitio, podías quitarle el polvo a los libros de las estanterías, y ordenar las revistas que hay sueltas por ahí. —Añadió Zenna.

Eso sí, que es una de las pocas cosas que me asustan en la vida.

Zenna Davis es la persona con mayor curiosidad intelectual que he conocido jamás: compra libros por docenas, revistas por centenares y los folletos creo que los colecciona de mil en mil.

Una «Enciclopedia sobre las alteraciones hormonales en el ciempiés cingaleño» tiene su espacio en la librería de Zenna, al lado de un grueso volumen dedicado a la «Poesía Concreta en el Bajo Nepal», y junto a un tratado sobre «La construcción de quillas de concha para rompehielos que naveguen en el Océano Antártico», esto sin despreciar un «Tratado sobre la neurosis del espárrago tropical».

—Algún día puede servirme para documentación en algún artículo. —Suele responder Zenna cuando leo sorprendido los títulos de los libros que, formando columnas, se alzan desde el suelo hasta el techo.

Además de esto, Zenna tiene una abundante colección de los folletos publicitarios depositados en su buzón. Sí, no estoy diciendo ninguna broma. Cuando abre su buzón de correspondencia, va poniendo las cartas al final del montón y ronronea de satisfacción con la contemplación de las octavillas, Después las sube a casa, les pune la fecha en que han sido recogidas, y luego las archiva.

—Quiero hacer un estudio sociológico. —Dice por toda respuesta—. Necesito analizar las palabras más utilizadas, el Formato, si se trata de impresión en blanco y negro o color, la temática del anuncio.

Zenna Davis, además de su trabajo en la sección de internacional

del *New York Times*, es una persona con una voracidad intelectual desmesurada y eso se plasma en una biblioteca de varias decenas de miles de títulos.

Reconozco que son libros muy interesantes, pero lo peor es que están llenos de polvo, telarañas, y que, además, Zenna suele dejar caer sin mucha preocupación porque se doble una página, pero que puede arrancarte las uñas si se te ocurre depositar un cenicero sobre el libro.

Así pues, tras enseñarme mi trabajo, se despidió amablemente de mí, y se marchó hacia su cotidiano quehacer, mientras yo me disponía a ordenar un poco toda aquella jungla de papel impreso.

Antes de comenzar a pintar, deseaba tenerlo todo convenientemente agrupado y cubierto de plásticos, para evitar que ni una sola gota de pintura cayera sobre uno solo de sus libros. Estaba completamente seguro de que si eso sucedía, Zenna lo descubriría y mi cabeza no tendría más valor que un puñado de cáscaras de pipas de girasol.

Así que comencé a ordenar los libros de forma concienzuda: los más grandes debajo y los más pequeños arriba, formando una pirámide estable, en mitad de la habitación, que impidiera que los libros se derrumbaran sobre mis botes de pintura.

Comencé con energía y logré amontonar un buen número de ellos, hasta tropezar con una colección de grabados de Nueva York, dibujados en el siglo pasado.

Pensé que el libro se merecía un buen descanso, así que me senté dispuesto a paladear cada uno de aquellos dibujos. Después me atrajo una colección de fotografías sobre campesinos japoneses, a continuación una novela de Scott Fitzgerald de la que nunca había oído hablar, y luego…

Cuando Zenna llegó, después de su jornada laboral, yo escasamente había conseguido amontonar una cuarta parte de los libros de aquella habitación, y estaba sumergido en la contemplación de un libro sobre «Postales Eróticas de Inglaterra en los años 30».

—¿Qué es todo este desorden? —Aulló Zenna señalando los libros del centro de la habitación—. ¿Esto es lo que has hecho en todo el día?

Intenté argumentar que *la habitación no estaba más desordenada*

que cuando ella se había ido; que, simplemente, los montones eran diferentes.

No me sirvió de nada.

Zenna comenzó a propinarme una perorata sobre mi promesa de ayudarla y todas esas cosas.

Me salvó el timbre del teléfono.

Me lancé sobre él, lamentando que no tuviera dos auriculares, para aislarme completamente de la voz de la chica.

—¿Dígame? —Pregunté nada más descolgar el aparato.

—¡Hola Zenna! ¿Qué tal te va la vida?

Debía de ser una llamada de la «Asociación de Sordos», ya que confundir mi recia voz varonil, con la de Zenna Davis, era una cosa tremendamente difícil en una persona con un sentido del oído normal.

—No soy Zenna. —Respondí un tanto enfadado—. Pero ahora le voy a poner con ella y…

—¡No disimules, pillín…! ¿Ya has adivinado que voy a proponerte algún trabajo peligroso?

Aquella voz sonaba dentro de mí a algo conocido… a algo que…

—¡Doug! ¡Doug Delaware![1]

Comprendí automáticamente el error de Doug: en el momento de despedirnos, el me había pedido una tarjeta y yo le había entregado una de Zenna Davis, que era lo único que llevaba encima.

—Tengo que hablar contigo, Zenna…

—No soy Zenna…

—No olvides que estás hablando con un agente de la CIA, y que ocultar la personalidad a un agente del Estado es un delito que puede ser castigado.

Era muy largo de explicar el error, y, además, yo quería escuchar su proposición, así que le interrumpí.

—¡Está bien soy Zenna Davis! ¿Qué es lo que quieres de mí?

Había que ver la cara de la auténtica Zenna, cuando me oyó usar su santo nombre y apellido en vano.

—¡Así me gusta, muchacho! —Dijo el agente de la CIA con un tono más conciliador que el que había usado antes—. Se trata de una cosa muy sencilla, necesitamos que subas en una lanzadera espacial y des unas vueltas al globo terráqueo.

—¿Quieres que me convierta en astronauta?

—¡Exactamente! Creo que eres una de las pocas personas que puede conseguirlo en unos pocos días… Uno de los titulares del vuelo y los dos suplentes se han puesto enfermos…

Es cierto que Doug Delaware me había visto actuar, y sabía de lo que era capaz, pero de ahí a pensar que podía convertirme en astronauta, en un curso acelerado…

Tardé un tiempo en contestar. Doug debió de interpretarlo, muy acertadamente, como que yo estaba dudando, así que decidió interrumpir mis pensamientos.

—Eres el tipo que necesitamos: ágil, inteligente, con capacidad de decisión, sin miedo a lo conocido, ni a lo desconocido, duro de pelar… ¡Sólo tú puedes sustituirlos!

¿Quién puede negarse, después de oír todo eso, a convertirse en astronauta?

Yo no.

—Está bien: acepto. ¿Cuándo debo de presentarme en Cabo Kennedy?

—Mañana pasarán un par de mis hombres a recogerte por ahí. Muchacho, estás a punto de prestar un gran servicio a tu patria… ¡Qué envidia le tengo!

Y colgó.

Yo también.

Mis ojos vagaron, soñadores, por las paredes de la habitación, hasta encontrarse con los de Zenna.

No eran ojos: se habían convertido en dos terroríficos rayos láser dispuestos a taladrarme hasta conseguir leer mis más ocultos pensamientos.

—Si no he entendido mal… —Comenzó a decir en un tono falsamente controlado—. Has dicho que te llamabas Zenna Davis, y que estabas dispuesto a convertirte en astronauta. ¿No es así?

Era una manera demasiado simplificada, de resumir mi conversación, pero era cierta, así que dije:

—Sí.

—Hasta aquí estamos de acuerdo. Lo único que me preocupa es que tú no te llamas Zenna Davis, y yo sí. ¿Tienes la amabilidad de explicarme a qué monstruosidad *me he comprometido*?

Como yo tampoco lo sabía muy bien, decidí explicárselo por el lado sentimental.

—Se trata de un gran servicio a la patria. He de convertirme en astronauta y dentro de unos días salir al espacio…

Sólo con ver sus ojos, supe lo que debía de decir a continuación.

—Pero… ¡No te preocupes! ¡Dejaré muy claro que mi auténtico nombre no es Zenna Davis!

—Eso espero. ¿Quién te llamaba?

—Un agente de la CIA…

Los ojos de Zenna volvieron a brillar de una forma muy peligrosa.

A continuación se levantó y avanzó hacia mí con el mismo aire amenazador que una serpiente cobra, avanza hacia un hámster acorralado.

—¿La CIA te quiere enviar al espacio, a salvar a la nación, y tú no has tenido la delicadeza de arrancarles la promesa de que esta vez sí que te dejarán escribir el reportaje?

—No se me ha ocurrido pensar en pedirle a Doug que…

—¡Ya estás localizándolo ahora mismo y consiguiendo que se comprometa a dejarme escribir ese reportaje!

Obedecí.

¿Han intentado alguna vez localizar a un agente de la CIA por teléfono? Pues no lo hagan, porque les puedo asegurar que no es nada fácil: primero, su nombre no figuraba en ningún listín telefónico. Y, en las oficinas de la CIA, negaban tener agente alguno con ese nombre. Estas cosas suelen pasar con los espías y agentes secretos.

—Está bien —dije después de un rato de intentar convencer a mi anónimo comunicante de que no era un terrorista internacional—. Sí alguna vez reclutan a alguien con el nombre de Doug Delaware, díganle que llame a… ¡Ejem!… Zenna Davis. Simplemente comuníquele: «Cambio de planes».

Y colgué.

El teléfono sonó segundos después de que yo colgara.

—¿Qué quiere decir eso de cambio de planes?

Era Doug Delaware.

Comencé a intentar explicarle todo, por orden.

—En primer lugar, yo no me llamo Zenna Davis.

—¿Cómo que no? Tu tarjeta decía eso y, además, el recado que me han dado decía que telefonease a Zenna Davis…

Aproveché un instante en que había parado de hablar para tomar aire y le contesté:

—Me llamo Indiana James.

Un silencio largo y profundo acogió mis palabras. Después, con voz de abuelita comprensiva ante la rabieta de su nieto preferido, Doug comenzó a hablar.

—No seas burdo, muchacho… ¡Usa tu imaginación! Si alguna vez necesitas utilizar un nombre falso, y que nadie se de cuenta, no se te ocurra inventar nombres como Indiana James, Frank Sinatra, Albert Einstein o Al Capone.

Me costó un buen montón de mis mejores argucias mentales convencerle de que, en primer lugar no me llamaba Zenna Davis y, en segundo lugar, de que mi nombre era Indiana James. Cuando por fin se dio por vencido y aceptó llamarme «Indy», comencé a negociar mi aventura espacial. Me cortó cuando sólo había dicho. «Quiero…».

—Antes de que sigas hablando he de comunicarte un par de cosas: se te pagará una generosa cantidad, se te hará un seguro de vida a favor de la persona que designes como beneficiario y no podrás contar a nadie nada de lo que suceda.

—De acuerdo en las dos primeras partes y me niego a la tercera.

—Está bien: podrás publicarlo cuando nosotros te demos permiso.

—Sí, siempre y cuando ese permiso no tarde más de diez minutos.

Se rió como un buitre.

—Tú ganas. Diez minutos después de que nos pidas permiso, si no te hemos contestado, puedes escribir y publicar tu historia.

Los leguleyos llaman a esa figura «silencio administrativo»; consiste en pedir permiso al Estado para algo y, si en un tiempo determinado el Estado no contesta, el ciudadano puede tomarlo como un consentimiento. Una forma tan buena como cualquier otra para luchar contra la burrocracia. Perdón, contra la burocracia.

Colgué satisfecho y me volví hacia Zenna Davis.

—Permiso concedido. —Dije tumbándome en el sofá, con aires de gran hombre—. Ha sido un poco duro de pelar, pero me necesitan tanto que no pueden negarme nada.

—Yo me aseguraré de que eso se cumple a la perfección. No

pienso separarme de ti ni un minuto.

Sonreí con aire de superioridad.

—No creo que puedas hacerlo. Me resultaría difícil explicarles a mis otros colegas astronautas que yo viajo con una «amiguita» y ellos tienen que dejar en tierra a mujeres hijos.

Pareció convencerse por mis argumentos.

Sólo lo pareció. Lo que en el fondo la mantuvo al margen fue el terror ancestral que tiene a los aviones. Hasta los de papel.

Si Zenna, por motivos de trabajo, tiene que viajar en avión, lo hace, pero un recorrido de media hora tiene sobre ella los mismos efectos que una jornada de seis horas en una sauna: adelgaza diez kilos.

Así pues, quedó claro que no me iba a seguir en mi aventura, que podría publicar en exclusiva mis «vibrantes hazañas» a mayor gloria de la patria…

… y que me adelantaría unos cuantos dólares que necesitaba en aquel momento.

—Compréndelo, Zenna: voy a ser pasto de médicos, físicos, biólogos, voy a tener cientos de cámaras de TV enfocadas sobre mí… ¡Necesito comprarme algo de ropa decente!

—La NASA te proveerá de un fabuloso traje de astronauta.

—Pero… ¿Y la ropa interior cuando llegue a Cabo Kennedy? No pretenderás que me desnude delante de los mejores médicos del país y les enseñe mis camisetas deshilachadas y mis calzoncillos con la goma Hoja…

Pareció comprender mis íntimos pudores y, dando un suspiro me tendió unos dólares.

—Podías pedir un anticipo. —Dijo secamente—. También ellos podían deducir que alguien que tiene que salvar la patria necesita calcetines nuevos.

—Los hombres de estado no están para pensar en éstas, pequeñas cosas.

Salí a la calle dispuesto a renovar una buena parte de mi vestuario ya que Zenna, aunque siempre protestaba, era extraordinariamente generosa, y después pasar por mi casa a recoger algo de lectura y comprobar si todavía no me habían cortado la luz, el teléfono o el agua, por falta de pago.

Aunque ya atardecía, Nueva York estaba lleno de vida: los

oficinistas grises comenzaban a abandonar la ciudad con destino a sus grises casas de Queens o New Jersey, y toda la población con ganas de disfrutar de la noche comenzaba a converger hacia el centro de la ciudad.

Es el momento más mágico del día.

Decidí que después de pasar por mi casa, daría un paseo por Broadway. Pero tenía que ir de compras, antes de que cerraran las tiendas.

Miré en todas direcciones sin ver un taxi libre.

Avancé unos pasos y me giré, un taxi venía hacia mí, con su maravilloso letrero de «LIBRE».

Casi antes de que pudiera alzar la mano, el taxi cambió su indicación luminosa, se detuvo junto a mí y el chófer, amablemente, me abrió la portezuela.

Entré a toda velocidad, como si me cayera en un precipicio.

Alguien me había empujado.

Alguien me colocó una pistola en los riñones.

El mismo «alguien» me atenazó el cuello y, después, me colocó un pañuelo húmedo en las narices.

Antes de dormirme, una imagen de astronaves derrapando entre asteroides zigzagueantes, me llenó el cerebro.

CAPÍTULO II

Nunca he sido un adicto al cloroformo, principalmente porque las aventuras que vivo en estado anestésico nunca consiguen superar a las reales.

Y, además, porque siempre me despierto con un horrible sabor de boca.

Ésa es una de las cosas que me hizo odiar a las personas que me habían secuestrado.

Además, me disgusta que me pongan una pistola en los riñones.

Y termino por enfadarme cuando me dejan encerrado en un cuarto y no se toman la molestia de dar una vuelta por allí, para comprobar si me encuentro en buen estado. ¡Aborrezco la falta de cortesía en la gente que me secuestra!

Así que cuando llevaba media hora tumbado en el suelo con las manos atadas a la espalda, una buena mordaza impidiéndome casi respirar y un considerable dolor de cabeza, decidí que era el momento de crearles algún problema a mis secuestradores.

Durante ese rato había estado esperando que alguien entrara en el cuarto y aprovecharme de un descuido para desarmarlo y obligarle a confesarme sus ocultos deseos al apoderarse de mi persona.

Mis ojos se habían acostumbrado a la oscuridad, y pude ver que me hallaba en un pequeño dormitorio. Mis alegres secuestradores habían tenido la amabilidad de dejarme en el suelo, cuando a unos pocos centímetros de mí, había una alfombra y, un poco más allá, un diván de aspecto confortable, de esos que usan los siquiatras.

La ventana estaba cubierta por una cortina de tela. A través de ella no entraba nada de claridad por lo que calculé que debía de ser ya de noche.

El ruido que llegaba de la calle era escaso y lejano, como si la ventana fuese doble y no permitiera pasar la música incesante de la circulación rodada.

Bajo la puerta se filtraba un rayo de luz.

Como buenamente pude, me coloqué de rodillas y haciendo unos saltos que me hubieran proporcionado el primer premio en un concurso de «Break-Dance» me acerqué hasta el agujero de la cerradura.

Era lo suficientemente grande como para poder ver que la habitación contigua, aunque iluminada, estaba completamente deshabitada.

Frente a la puerta del cuarto en que me hallaba solo había un trípode de telescopio o máquina de hacer fotos, sobre el que habían sujetado una ametralladora «MINI GUN VULCAN» de
7,62 mm.
Y un cable de acero que iba desde el pomo de la puerta hasta el gatillo.

Para que se hagan una idea de la «MINI GUN», les diré que fue fabricada con la idea de hacer un cañón automático ligero, que puede ser llevado en helicópteros.

También les diré que dispara 6000 balas por minuto.

Y, por último, que el sistema de sujetarla era lo suficientemente débil como para que después del primer disparo, cayese y rociara de balas todos y cada uno de los rincones de la casa, en quince segundos.

No podía hacer el bonito truco de ponerme al lado de la puerta, tras la pared, y hacer girar el pomo con el pie.

Posiblemente, aquel prodigio de la técnica, estaría cargado de balas capaces de atravesar muros más resistentes que los de esta habitación.

Era el momento de no plantearse el futuro lejano. Más valía que me dedicara a soltarme las manos.

Nuevamente improvisé unos pasos de «*dancing*» y me acerqué a una mesita situada junto a la pared, sobre la cual reposaba un teléfono con los cables cortados. De una patada la derribé por tierra y su pequeño cajón saltó desparramando el contenido por el suelo.

Aquel pequeño bazar no podía decirme nada sobre su propietario, pero contenía una buena cantidad de cosas que podían

serme útiles: cortaúñas, un mechero publicitario, unas postales, un pequeño bloc en blanco, varios bolígrafos con aspecto de haber hecho muchos kilómetros, unos folletos publicitarios, etc.

El cortaúñas y toda mi colección de paciencia hicieron el resto: en diez minutos estaba libre de ataduras y mordazas.

Era el momento de enfrentarme con mi «amiga» la «MINI GUN VULCAN».

Después de unos minutos de reflexión decidí que en esta vida hay mujeres fatales de las que es mejor apartarse. «MINI GUN VULCAN» era una de ellas.

No quedaba otra salida que la ventana.

Siempre he sido muy amigo de las ventanas, son unos sitios que en muchas ocasiones me permiten escapar, huir, e introducirme en lugares donde no sería bien recibido por la puerta principal.

Aquélla no parecía ser muy amiga mía.

Un vistazo al exterior me permitió reconocer uno de los monumentos más típicos de New York, visto desde un sitio bastante poco habitual.

Descubrí que me hallaba en el piso ochenta y poco del EMPIRE STATE BUILDING.

Rápidamente retrocedí y consulté el folleto que había saltado del cajón de la mesa.

Era un prodigio de información; me decía que yo había tenido la inmensa suerte de alquilar una oficina en uno de los edificios más famosos del mundo. También me decía que estaba en el piso 82, a 305 metros del suelo (1000 pies). Entre otras cosas, me informaba de que en el edificio había 3500 millas de cable telefónico y telegráfico. 6500 ventanas, 60 millas de cañerías de desagües, 73 ascensores… ¡Toda una enciclopedia monotemática!

Lo único que no explicaba era como salir sin ser destrozado por las balas de mi amiga la «MINI GUN VULCAN».

No lo explicaba, pero estaba muy claro.

Si una mujer te rechaza, lánzate en brazos de otra. O, dicho de otra manera: si no puedes con una «MINI GUN VULCAN», arrímate a la ventana.

Eso fue lo que hice.

Lentamente fui abriendo los cristales y dejando que el ruido inundara la habitación.

Ruido de coches y de viento frío chocando contra el edificio.

Antes de pasar una de mis piernas sobre el alféizar, me entretuve recordando todas las macabras historias que se cuentan sobre los suicidas que se arrojan contra la fachada, haciéndolos rebotar sobre ésta varias veces, antes de llegar al suelo.

No sé si fue este pensamiento o el helado y rugiente viento que entraba por la ventana, lo que hizo que se me helara la sangre en las venas, pero lo cierto es que antes de salir al exterior, abrí el armario empotrado en la pared en busca de alguna prenda de abrigo.

La había: una manta gruesa, de pelo largo, casi parecida a la piel de un oso.

Le hice tres agujeros, dos para los brazos y uno para la cabeza, y me la puse como si se tratara de un poncho.

De esta guisa me animé a salir al exterior.

Lentamente saqué una pierna, después la otra y una vez que ambas reposaron firmemente sobre la comisa, extraje el resto del cuerpo y me aferré con las uñas a la pared vertical.

Mi plan era muy simple: caminar unos pocos pasos, hasta la ventana más próxima, pedir que me abrieran y abalanzarme a los pies de su ocupante, besándoselos y dándole las gracias por haberme salvado la vida.

Justamente cuando me encontraba fuera, me di cuenta de un montón de cosas que hasta aquel momento me habían pasado inadvertidas.

En primer lugar, soplaba un viento de mil demonios.

Un viento que, escuchado desde dentro de la habitación, se limitaba a un murmullo incómodo, pero que, colgando en la cornisa tenía un rugiente sonido mortal.

Parecía como si se esforzase por introducirse entre mi cuerpo y la pared para arrojarme al vacío.

Por otra parte, aquel «poncho» que me había fabricado para protegerme del frío se había convertido en un estorbo: el viento lo aprisionaba contra mi cuerpo, convirtiéndolo casi en una incómoda camisa de fuerza y, además los picos de la manta, empujados por el viento, azotaban mis pantorrillas de una forma rítmica y violenta.

¡¡¡ZAP, ZAP, ZAP, ZAP, ZAP!!!

Mientras mis dedos se aferraban a la lisa pared, dejé que mis

ojos dieran un vistazo hacia abajo: la pared bajaba verticalmente como un infinito acantilado de cemento, hasta una pequeña terraza situada millones de metros por debajo de mis pies.

El folleto del cuarto hubiera desmentido mi capacidad para calcular distancias pero, en aquel momento, yo hubiera jurado que se trataba de millones de metros.

Además, visto desde un ángulo elevado, aquella terraza tenía todo el aspecto de una losa mortuoria de las que se colocan sobre los panteones. Y estoy seguro de que si caía sobre ella la traspasaría hasta enterrarme en el piso inferior.

La gente que pasaba por la calle, aquella gente que antes me habían parecido «alegres y dispuestos a disfrutar de la noche» ahora me parecían impíos pecadores, incapaces de detenerse un momento a rezar una oración, con los ojos elevados al cielo… ¡Aunque sólo fuera para descubrir que yo estaba en un gravísimo peligro!

No había duda de que si alguien miraba hacia arriba me vería: a partir del piso ochenta hay situadas varias baterías de potentísimos focos enfocando la cúspide del edificio, iluminándolo en la noche, para deleite de turistas de todos los países del mundo.

Ya había perdido bastante tiempo en divagaciones: haciendo uso de todas mis dotes de mando, ordené a mi pie izquierdo que se desplazara hacia la izquierda.

Me obedeció tímidamente: dos centímetros.

Volví a cursar la misma orden pero todavía con mayor intensidad.

Conseguí que, esta vez, se desplazara casi cinco centímetros; pero lo hizo sin despegarse de la cornisa ni una milésima de segundo.

Calculé que si debía de recorrer un metro en esas condiciones me costaría varios meses y, a la mitad del trayecto, las suelas de mis zapatos habrían desaparecido, desgastadas contra la cornisa.

Ordené a mi pie derecho que se acercara a su compañero.

Me obedeció con la misma desgana que antes lo había hecho el izquierdo.

Pero, afortunadamente, comenzaba a desplazarme.

Decidí que todo era un problema de concentración: basta que un jugador de tenis se concentre debidamente, para que consiga colocarle a su adversario las pelotas más difíciles.

Yo sólo tenía que conseguir lo mismo hasta alcanzar la ventana.

Probé todos los trucos posibles: silbar una marcha militar, imaginar que estaba cruzando un tronco de árbol a sólo unos centímetros del suelo, convencerme de que era el más intrépido equilibrista del circo más famoso del mundo…

Pero todo era inútil: aunque mi cerebro comenzara a convencerse, mis pies le avisaban de que le estaba engañando.

Nuevamente conseguí avanzar unos pocos centímetros a base de disciplina física, pero cada vez tenía que darle más ánimos a mi cuerpo: ¿Te acuerdas cuando hicimos acrobacia aérea colgados de una cuerda en Guinea Bissau?[2] ¿Y cuando pasamos con un hidroavión entre dos avionetas de la policía a escasos centímetros?[3] ¿Y la vez que cruzamos una calle de Sicilia aferrándome, como Tarzán, a la ropa tendida?[4] ¡Todo eso fueron situaciones peligrosas y salimos con vida!

Mis pies recordaban todo aquello, pero se negaban a seguir avanzando.

Les convencí cuando les dije:

—Sólo quedan un par de metros hasta la ventana.

Pareció que un cosquilleo los hacía revivir y comenzaron a desplazarse.

Lentamente, los fui convenciendo de que siguieran: les hablaba como si se tratase de unos niñitos que estuvieran haciendo un ejercicio físico muy complicado y que necesitaran constante aliento de sus profesores.

—¡Muy bien! ¡Un poquito más! ¡Ya casi has llegado! ¡Ahora vendrá tu amiguito y se pondrá a tu lado! ¡Perfecto! ¡Así me gusta!

Seguían obedeciéndome y la ventana, con la luz apagada cada vez estaba más cerca.

No me atreví a consultar mi reloj para saber el tiempo que había empleado en hacer tan breve recorrido, pero lo cierto es que mi mano izquierda ya podía tocar el alféizar de la ventana ansiada.

Obligué a mis pies a realizar un poco más de esfuerzo y, por fin, mis nudillos entraron en contacto con el cristal.

Di un respire, de satisfacción.

Separé la mano una distancia lo suficientemente prudente como para que el viento y la fuerza que iba a realizar, no me impulsaran hacia el vacío.

Y golpeé el cristal, con intención de romperlo.

Les puedo asegurar que aquello sonó como el pañuelo que una damisela deja caer al suelo para que lo recoja su enamorado.

En lugar del ¡CRAAAASSSHHH!, que yo esperaba oír, sonó un tímido ¡TIC!

Necesitaba golpearlo con más fuerza, esto es alejar más el brazo.

Era cuestión de ordenar a mi cuerpo que se pegara aún más a la fachada, cosa bastante difícil: mis hombros pugnaban por abrirse paso entre los átomos de cemento que formaban la pared, mis labios reposaban directamente sobre la fachada, dándole un apasionado beso. Mi nariz, completamente estrujada y oprimida, ni siquiera lanzaba una débil protesta.

¡Era difícil acercarse más al Empire State Building!

Fue entonces cuando aparecieron mis salvadores.

Cuando era niño, y me acercaba al cine para ver alguna de aquellas apasionantes películas de aventuras, siempre contenía la respiración durante los sufrimientos del protagonista bueno sitiado por los indios.

Y cuando aparecía el 7.º de Caballería, para rescatarle, saltaba de mi asiento gritando a pleno pulmón, me desollaba las palmas de las manos con los aplausos, pataleaba de satisfacción el suelo, la trasera del sillón que estaba situado delante de mí, y todo lo que no hubiera conseguido huir a tiempo de mis alegres expansiones.

En esta ocasión no hice nada de eso.

Simplemente maldije a «las ciencias que adelantan que es una barbaridad».

Me explicaré: antes, los salvadores venían en raudos corceles. Ahora lo hacen en helicóptero.

«Adelantos de la ciencia».

Seguro que ustedes han visto alguna película de guerra en que al aterrizar un helicóptero, todo el Alto Mando debe de sujetarse la gorra con la mano, para evitar que salga despedida por el viento de las hélices.

¿Se pueden imaginar la desesperación que se siente cuando dos helicópteros
BELL-47
se acercan a toda velocidad, levantando un viento huracanado de varios cientos de kilómetros por hora?

Los dos helicópteros se quedaron, estáticos, en el aire a no mucha distancia de mí.

Creo que en aquel momento, más que estar besando la fachada del viejo «Empire», lo estaba succionando: haciendo una ventosa con mi boca, para quedar aún más adherido.

Una voz ostentosa, prepotente, agresiva y con un ligero tono de reprimenda se introdujo en mis oídos.

—¿Te has creído que eres King-Kong? ¡Para llegar a su categoría necesitarías tener a una chica rubia en el brazo! ¡No pasas de ser una mala copia de Harold Lloyd con un reloj de pulsera! ¿Me estás oyendo, muchacho?

Aquella última palabra me dio la clave.

Doug Delaware, «mi» agente de la CIA.

Su voz me llegaba, a través de un megáfono, distorsionada.

Maldije una y mil veces que la CIA hubiera puesto sus ojos en mí. Si la voz de Delaware me llegaba difícilmente, imagínense lo difícil que sería para mí poder decirle que se alejara de mí antes que acabara arrojándome al vacío.

—¡Estate tranquilo, muchacho! Todo lo tenemos controlado. Si quieres hacer ejercicios preparatorios para tu nueva misión, en Cabo Cañaveral tenemos instalaciones más adecuadas, y donde será más difícil que te rompas la crisma.

Si en aquel momento hubiera aparecido el King-Kong de verdad, y hubiera cogido con sus garras a aquellos dos aparatos y los hubiera triturado entre sus dedos para después arrojarlos al vacío, creo que yo habría encontrado fuerzas y valor suficiente para soltar mis manos y darle la ovación más sentida de mi vida.

Poco a poco notaba cómo mis dedos se iban agarrotando, incapaces de seguir sujetándome.

Las piernas comenzaban a temblar, presagio inequívoco de que un furioso calambre estaba dispuesto a roerme los músculos de la pantorrilla.

El viento frío seguía azotándome, tenía los ojos llenos de lágrimas, la boca cerrada fuertemente para impedir que el aire me llenase los pulmones y me hiciera alejarme un poco más de la fachada, desplazando mi centro de gravedad.

Y, repentinamente todo terminó.

La luz del cuarto que había intentado alcanzar, se encendió.

Alguien, a toda velocidad, subió el cristal de la ventana.

Me pilló los dedos.

Pero antes de que pudiera apartar la mano o dar uno de esos gritos interminables, que lanza la gente cuando se precipita en el vacío, dos manos se apoderaron de mi brazo y me atrajeron con fuerza.

Estiraron de mí con mucho ímpetu, con *demasiado ímpetu.*

Mis pies se separaron de la cornisa y patalearon en el vacío buscando un punto de apoyo que no existía.

Noté como las manos que me sujetaban cedían un poco en su presión, dejándome caer unos milímetros, arrastrados por el peso de todo mi cuerpo.

Ahora sí que grité. ¡Y de qué manera!

Las mejores sirenas de ambulancia de toda la ciudad, enrojecieron de envidia, al comprobar mi inigualable capacidad torácica.

Sentí cómo unas esposas metálicas se cerraban en torno a mi muñeca.

¿Qué significaba aquello?

Antes de que pudiera responder a la pregunta, una voz, desde dentro de la habitación, me dijo:

—¡Tranquilo, estás en buenas manos!

Yo lo dudé profundamente, pero deseé que las manos fueran tan buenas como se anunciaban, y no soltaran su presa.

CAPÍTULO III

En pocos segundos otros dedos se apoderaron de mi brazo, codo, bíceps, hombros y demás partes de mi anatomía, hasta que me vi reposando sobre el suelo de la habitación.

Había tres personas, que eran las que me habían rescatado. Las tres con trajes azul-oscuro y gafas de sol, a pesar de estar en medio de la noche.

Uno de ellos, con una sonrisa, se disculpó mientras abría la esposa en torno a mi muñeca.

—Ha sido una medida de seguridad, para evitar que si se nos escapaba…

No terminó la frase. Yo comprendí perfectamente lo que quería decir y se lo agradecí con otra sonrisa.

—¿Se encuentra bien? ¿Necesita alguna cosa?

Como si hubieran podido leer mi pensamiento uno de aquellos tipos abrió la puerta de un armarito y extrajo una botella de *bourbon* «OLD FORESTER» de 12 años.

No esperé a que el otro tipo encontrara los vasos: cogí la botella y la besé en el morro como sólo se besa a una novia al reencontrarla tras hacer el servicio militar en el Viet-Nam.

Después de que cuatro dedos del líquido de aquella preciosa botella pasaran a compartir el espacio de mis venas, junto con mi sangre, me volví hacia los chicos.

—Ya estoy bien.

—¿Qué es lo que ha sucedido? ¡Exactamente! —Preguntó uno de ellos con tono profesional.

Les hice un breve resumen de mi paseo por las calles, el taxi, y mi despertar en esta habitación.

—¿Entendéis algo de todo esto? —Les pregunté como colofón a mi explicación.

Vi cómo intercambiaban miradas entre ellos, sin que ninguno se animara a contestarme. Sólo uno de ellos se aventuró a decir:

—Esperemos a que venga Doug. El podrá unir todos los cabos sueltos.

Casi antes de que hubiera terminado la frase, la puerta de la habitación se abrió dejando paso a Doug Delaware. Seguía igual que la última vez que le había visto: con una excesiva preocupación por su atuendo.

Vestía un traje color hueso, gafas de sol impenetrables, y un impecable planchado de chaqueta y pantalones que me hizo dudar de si no se había cambiado de traje al bajar del helicóptero.

—Zenna… ¡me alegro de que estés bien! —Me dijo mientras me tendía la mano.

Se la estreché con agradecimiento, a la vez que le replicaba.

—Indiana. No me llamo Zenna.

Sonrió con autosuficiencia y dejó que su mano hiciera un giro en el aire.

—Si lo prefieres así…

—Me llamo así.

—Está bien, está bien… ¡Ahora cuéntamelo todo!

Tuve que volver a repetir aquella estúpida historia del taxi y mi «siesta provocada».

Cuando terminé mi explicación, Delaware se acarició suavemente el mentón.

Miró a sus hombres, de uno en uno, paseando a vista atentamente. No sé qué diablos vería porque sus rostros permanecían inescrutables.

—KGB. —Dijo por toda explicación.

—¿El qué? —Pregunté yo, que temía no haber oído bien.

—Los servicios secretos soviéticos. —Me replicó con el aire del que enseña a un tonto a hacer una O con un canuto.

—¿Los rusos? ¿Qué interés pueden tener en apoderarse de mí?

—En ti ninguno. —Y cuando dijo esto, me sentí un gusano de asfalto—. En el hombre que va a subir en el SPACE LAB, ¡todo el interés del mundo!

—Si me impiden subir… ¡Lo haría otro!

Doug Delaware dio un profundo suspiro, como cuando uno está harto de que su sobrino le pregunte por octava vez por qué no se caen las estrellas.

—¡Imposible! La tripulación la vais a formar siete personas: dos americanos, dos rusos, un hindú, un holandés y un polaco. El polaco hace frente común con los rusos. El holandés con nosotros. Y el hindú es teóricamente neutral. Si tú desapareces, la balanza se desequilibraría a su favor. ¡Sólo tú eres capaz de prepararte en tan poco tiempo!

—No veo un grave problema en que haya uno de menos por parte de alguno de los dos bandos. Creía que el SPACE LAB se iba a dedicar a proyectos científicos, no a realizar partidos de básquet.

Doug Delaware se quitó sus intensas gafas negras y clavó en mí sus ojos azules.

—No te canses pensando, muchacho. A partir de mañana y en unos pocos días vas a tener motivos más que suficientes para sentirte cansado y agotado, por el esfuerzo que vas a realizar. Ahora, vámonos.

—¿Cuándo va a ser el lanzamiento? —Pregunté asustado por mi futuro inmediato, tan poco prometedor.

—Dentro de quince días. Para entonces tienes que ser un perfecto astronauta, estar en una forma física que haga llorar de envidia a una pantera, tienes que memorizar todos y cada uno de los elementos, mandos y secciones de la nave espacial; también tienes que recibir lecciones de bioquímica, geología, geografía, física, biología, ingeniería genética, medicina, navegación espacial…

Sólo de pensar que ni siquiera era capaz de recordar todas las materias que Doug había citado, se me puso la carne de gallina.

Mientras Doug Delaware y yo charlábamos, dos de los otros tipos se habían dirigido a la habitación contigua. Cuando Doug y yo salimos al pasillo, nos estaban esperando.

Se acercaron a mi amigo.

—El arma es una «MINI GUN VULCAN» de 7.62 mm. Tenía proyectiles acorazados y explosivos. No hay ninguna huella digital en el arma, lo que hace suponer que las huellas que hay por el resto de la habitación pertenecerán a los antiguos inquilinos, y no al que la ha alquilado recientemente.

Doug asintió con la cabeza.

—Vamos a las oficinas centrales. Quiero hacer un par de averiguaciones.

Descendimos en uno de los 73 ascensores, hasta el piso en que se hallaban situadas las oficinas centrales de este paraíso del cemento.

Nos atendieron con prontitud, con velocidad después de que Doug en un rápido gesto de muñeca pusiera debajo de las narices de la recepcionista la placa de funcionario del estado.

Nos condujo hasta el despacho de un caballero que se desvivió porque trajeran sillas para todo el séquito.

Doug Delaware fue directo al grano:

—Queremos saber quién tenía alquilado el despacho… —se detuvo unos instantes y consultó con sus compañeros—. El despacho número…

Nadie respondió. Así que se volvió hacia mí.

—¿Cuál era el número del despacho en el que te habían secuestrado?

Al oír aquella última palabra, los ojos del gerente se dilataron detrás de sus gafas.

—No me lo preguntes a mí. —Respondí encogiéndome de hombros—. Yo sólo lo vi desde dentro.

Haciendo un esfuerzo de memoria que le hizo contraerse toda la cara, uno de los hombres contestó.

—Creo que era el piso 82, el despacho 03.CZ.12.

Sin esperar más, el gerente comenzó a teclear rápidamente sobre los mandos de un ordenador.

En la pantalla comenzaron a aparecer filas y más filas de texto que el gerente fue consultando con aire profesional.

—Fue alquilado hace una semana, pagaron tres meses por adelantado, y fue hecho a nombre de Tobías Alien Rich.

—¿Pagaron en efectivo, con talón o con tarjeta de crédito? —Preguntó Doug buscando una pista para proseguir su investigación.

—Efectivo. —Respondió el gerente—. No sé cómo hoy en día hay gente que todavía utiliza estos procedimientos tan… tan… primitivos.

Yo estaba enfrente de la pantalla y podía ver el texto.

Lentamente el nombre de la persona que había alquilado el despacho, más concretamente las letras de su nombre comenzaron a

girar ante mí.

TOBIAS ALLEN RICH.

TOBIAS A. RICH.

TOB. A. RICH.

—¡TOVARICH! —Grité yo señalando la pantalla—. ¡Su nombre es TOVARICH!

Doug Delaware me miró como si yo hubiera tenido un ataque de demencia.

—Sí. —Contestó tranquilamente—. Supongo que en sus tarjetas para amigos y conocidos, firmarán sin el segundo nombre, sólo con la inicial; y es posible que utilice el diminutivo de su primer nombre… ¡Muy bien, muchacho! Creo que estás haciendo interesantes progresos intelectuales. Los juegos de palabras son un buen ejercicio.

Me lo dijo como si yo fuera un niño y estuviera enseñándole el dibujo de algo que podía ser, desde una nube, hasta un puré de patata.

No me gustó aquel tono, así que contraataqué.

—¿Sabes cómo se llaman los soviéticos entre sí?

—Rusos. —Respondió secamente Doug.

—No. Me refiero al tratamiento que se dan.

—Depende. Si tienen confianza se llaman de tú, si no de usted.

Di un suspiro de superioridad.

—Se llaman camaradas. ¿Has oído esa palabra? ¡Camaradas!

—De acuerdo. Sí. Tienes razón. ¿Nos permites ahora continuar con nuestras investigaciones?

—No hace falta. —Repliqué con aire de superioridad—. Tobías Alien Rich, es un nombre falso.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—¿Cómo se dice «camarada» en ruso?

—Tovarich… ¡TOVARICH! —Aulló Doug incorporándose de su asiento y asomándose a la pantalla del ordenador—. ¡Ha sido la KGB! Tienes razón, Zenna… ¡Buen chico! —Replicó como quien le da un terrón de azúcar a un perrito por haberle dado la patita.

—No me llamo Zenna, y no se dice «buen chico», se dice «gracias».

Creo que aquella pequeña revancha que me tomé ante Doug me causó un buen montón de padecimientos en los siguientes días.

Se despidieron amablemente del gerente, tras haber pedido por teléfono que vinieran a buscarnos un par de vehículos.

Me notificaron que no hacía falta que recogiera nada de mi casa, ni que me despidiera de mis amigos.

—Ni siquiera por teléfono. Está muy claro que los agentes de la KGB han «pinchado» el teléfono de tu amiga. De no ser así es completamente imposible que supieran nuestros planes, y que te hayan cogido por la calle.

Por una vez tenía razón, y así hube de reconocerlo.

Lo único que me preocupaba era que seguía sin entender el motivo por el que los soviéticos tenían interés en desnivelar la proporción de cosmonautas.

Doug accedió a explicármelo, sin el aire de superioridad que había utilizado la vez anterior.

En el SPACE LAB, se van a realizar un montón de experimentos científicos. Cada nación participante, se ha costeado su programa de investigación. Una vez allí arriba, va a ser muy fácil provocar algún «accidente» en las investigaciones del enemigo. ¿Me comprendes?

Asentí, aunque no acababa de comprenderlo del todo. ¿Si los Estados Unidos y Rusia, disponen de inmensos laboratorios, tanto en la tierra, como en el cielo…? ¿Por qué tenían que encerrarse en una astronave donde no iban a poder trabajar en paz? ¿No hubiera sido más cómodo que cada uno hiciera su antojo en su propia nave espacial?

Se lo pregunté a Doug.

—Es una cuestión de imagen. Todos decimos que queremos colaborar con el enemigo, que los malos son los otros. Y. de vez en cuando, nos vemos obligados a hacer algún «gesto» de buena voluntad. No te creas que los «ruskis» estarán muy tranquilos sabiendo que tú vas en nuestro equipo. ¡Tu misión va a consistir en vigilar que ellos no nos estropeen nuestras investigaciones, y en fastidiar las de ellos, todo lo que te sea posible!

Es decir, que habían juntado el café, la leche y el azúcar, y yo tenía que hacer de cucharilla.

Los coches en los que montamos cruzaron New York a toda velocidad, con nocturnidad y alevosía. Después pasamos bajo el East River por el Queens Midtown Tunnel, y cruzamos el barrio de Queens hacia el norte, hacia el «La Guardia Airport».

New York tiene dos aeropuertos: el «Kennedy» para los vuelos internacionales y los importantes nacionales, y el «La Guardia» para los vuelos nacionales de las pequeñas compañías.

No hace falta decir que este último es mucho más discreto.

Casi sin dejarme hablar, me hicieron bajar del coche, cruzar por una de las entradas laterales y atravesar una serie de pasillos, hasta que, por sorpresa, me encontré dentro de un pequeño reactor de no más de ocho plazas.

Durante el trayecto habíamos ido perdiendo a nuestros escoltas y en el avión no estábamos más que Doug y yo.

Me señaló los asientos libres.

—Elige el que quieras. Todos están a nuestra disposición.

Después me señaló un par de bolsas de viaje.

—Ahí tienes pasta de dientes de tu marca favorita, ropa interior de tu talla, crema de afeitar de la que usas habitualmente, maquinillas de cuchillas como a ti te gustan…

Enumeró tal cantidad de objetos íntimos que deduje que debían de haber estado un montón de años espiándome en la intimidad.

Me senté un poco nervioso.

—¿Quieres lecturas? —Dijo Doug tendiéndome un montón de revistas y libros.

Rechacé las revistas y busqué una buena novela.

El que había realizado la selección de títulos, no había tenido en cuenta mi estado de ánimo: casi todo eran novelas de ciencia-ficción con títulos tan poco sugerentes como *Naufragio* de Charles Logan, *Planeta de exilio* de Ursula K. Leguin, *La última astronave de la tierra* de John Boyd, *Nervios* de Lester del Rey… Posiblemente eran buenas novelas, pero los títulos ya fueron suficientes como para ponerme hecho un flan.

Decidí huir de los espacios abiertos y estremecedores, y elegí una buena novela de aventuras de Peter Benchley: *Tiburón.*

Era justo lo que necesitaba: preocuparme de un problema que no se pareciera en nada a lo que se me estaba viniendo encima.

Abrí el libro por la primera página, y me dispuse a sumergirme en el agua, junto al gran pez con cola en forma de media luna.

Casi, ni presté atención al tipo que entró en la cabina del piloto y cerró la puerta.

Cuando el avión comenzó a ronronear y a temblequear de esa

forma especial que lo hacen los reactores cuando se ponen en marcha, yo estaba leyendo, atónito, como el gigantesco tiburón estaba a punto de devorar a la primera bañista. Ya se había tomado un aperitivo de pierna femenina y ahora… «La gran cabeza cónica la golpeó con la fuerza de una locomotora, lanzándola fuera del agua. Las mandíbulas se cerraron de golpe alrededor de…».

Noté la mano de Doug Delaware recostándose suavemente en mi antebrazo.

Levanté los ojos, enfadado, del libro y me encontré con la piel blanca del agente de la CIA, que estaba a punto de convertirse en traslúcida.

—¿Sucede algo? —le pregunté preocupado al ver los gruesos goterones de sudor que resbalaban por su frente.

—Los aviones… —susurró con un hilillo de voz que recordaba el maullido de un gato recién nacido—… me dan… mucho mareo.

¿Hará falta que les cuente que mi viaje hasta la base de lanzamiento de astronaves de Cabo Cañaveral, la pasé en «plan azafata», trayendo y llevando paños con agua fría para la frente de mi compañero de viaje?

—Necesito que me hablen… —dijo Doug Delaware cuando se hubo repuesto un poco.

Sonreí ladinamente y me dispuse a contarle todo mi repertorio de chistes de accidentes de aviación.

Y eran bastantes.

CAPÍTULO IV

Cabo Cañaveral es una locura: los edificios parecen crecer, junto a las pistas asfaltadas, en mitad del campo. Edificios construidos casi sin ningún interés estético, diseñados únicamente en función de su utilidad. Allí se juntan las naves horizontales, con las verticales, los almacenes cuadrados como un cubo de «Rubick», junto a depósitos esféricos que contienen gases, líquidos o cualquier instrumento diseñado para torturar a los futuros astronautas.

Nada más poner allí los pies, y recibir el primer cursillo de «entrenamiento» me di cuenta de que aquello parecía estar dominado por los herederos de la Inquisición.

Me sometieron al chequeo médico más exhaustivo que se pueda imaginar, después, con el cuerpo lleno de electrodos, me comenzaron a ordenar locuras: correr miles de kilómetros sobre una cinta sin fin; sentarme sobre un sillón lastrado de plomo, que dejaban caer desde una altísima torre y que se detenía sólo a medio metro del suelo; me hicieron entrar en una esfera metálica situada en el extremo de un eje (también metálico) y que comenzaba a girar, podía alcanzar millones de kilómetros de velocidad, y muchas cosas más.

Cada uno de aquellos instrumentos de tortura tenía una finalidad: el sillón servía para calibrar mi resistencia a la falta de gravedad brusca; la esfera servía para averiguar cuánta aceleración era capaz de soportar antes de desmayarme… ¡Todo tenía utilidad!

—Tiene usted que prepararse para salir al espacio. —Replicaba secamente a cada una de mis protestas el Dr. Klinberg, un rubio dentón que supervisaba cada una de mis sesiones de tortura.

—La verdad es que si lo que nos espera en el espacio son cosas como ésta… ¡No comprendo la necesidad de subir allá arriba! —Me

atreví a protestar en una ocasión.

Mientras sus ojos se clavaban en mí, inexpresivos, sus manos estrujaron sin piedad los folios que había entre sus dedos.

—No lo comprendería aunque se lo explicase. —Me dijo por toda respuesta.

Estaba empezando a cansarme de que todo el mundo me considerara un subnormal que no merecía más respuestas que «sí» y «no».

Además, mi último razonamiento me parecía muy válido: si queremos deshacernos de los «ruskis» lo mejor es dejarles el espacio para ellos solos. ¡Allá se las compongan con los problemas que les espera arriba!

Después de tres días de aterradores entrenamientos en los cuales los mayores períodos de descanso fueron los ratos que estuve desmayado, el Dr. Klinberg me estrechó la mano y me dijo:

—Por mi parte, y después de los controles efectuados, puedo garantizar que usted está en perfecta forma física para ser lanzado al espacio.

Lo dijo delante de Horathius M. Gulager, el director del lanzamiento SPACE LAB. Y lo dijo en el mismo tono con el que se felicitaría a un cobaya por haber superado inyecciones de tifus, viruela, difteria, tétanos, rubéola, tosferina, SIDA, cáncer, leucemia, hidrofobia, y su única respuesta hubiera sido un estornudo.

Mr. Horathius M. Gulager, me pasó una mano por el hombro y me condujo a un coche eléctrico, cuadrado y guiado por un hombre vestido con mono blanco, con aspecto de «Madelman».

—Hoy será usted presentado a sus compañeros, pero antes, es necesario que mantenga una reunión con los Altos Mandos. —Me dijo Gulager. A la forma en que pronunció «Altos Mandos» solo le faltó hacer una genuflexión, besar el suelo, y adorar su Santo Nombre.

El «Alto Mando» eran todos bajitos: Había representantes de la NASA, de la ARMY, de la CIA, de la NAVY, de las AIR FORCES, del PENTAGONO, de TODO.

Primero, Horathius M. Gulager me explicó que el plan se había adelantado, que despegaríamos en cuatro días y que, por tanto habían renunciado a darme unos cursillos acelerados para obtener el PREMIO NOBEL a la totalidad de las ciencias. Después, cada uno de

los miembros del «Alto Mando» me dio sus particulares instrucciones. Para evitarles una explicación detallada y aburrida de todo lo que allí dijeron, les haré un breve resumen:

Mi obligación consistía en impedir que boicoteasen nuestras investigaciones. No, sería mejor que me dedicara a sabotear sus trabajos. No, en primer lugar, y antes de sabotear nada, sería mejor que me enterara bien de lo que querían descubrir. No, lo mejor sería que sirviera de cortina de humo, mientras el otro americano se dedicaba al trabajo de verdad. No…

Yo no sé la conclusión que luego transmitirían ellos a sus respectivos jefes. Seguro que ocupaba un montón de folios. Pero yo salí de allí convencido de que me habían dicho algo así como: «Sube allá arriba y apáñatelas como puedas».

Desde allí, Horathius me llevó a los alojamientos de los astronautas.

Se trataba de un complejo de habitaciones, bastante parecido a un hotel. Según parece habían tenido la brillante idea de encerramos en un sitio reducido para que fuéramos preparándonos a lo que nos esperaba «en lo alto».

Me presentaron a mis compañeros: el americano se llamaba Hank y era bastante parecido a Dustin Hoffman. Los dos rusos eran muy semejantes entre sí y, los dos muy parecidos a King-Kong, aunque con algo más de pelo; respondían a los nombres de Nicolai y Leónidas. El hindú decía llamarse Rabonisarpanda Nisarandamari, aunque todos le llamaban Rabo. El polaco tenía aspecto judío y se llamaba Levi Wiszizmelzsco. Y por fin llegamos a la holandesa. ¿Se han fijado que he dicho «la» holandesa? Creo que se merece un párrafo para ella sola.

Se llamaba Tilde Lotha. Era un perfecto cuerpo para un anuncio de reconstituyente, o de vitaminas, o de algo así. Piel suave, ojos azules, labios gruesos y sonrosados sin necesidad de lápiz de labios, pelo rubio… el resto del cuerpo, lo mejor será que cierren los ojos, recuerden el cuerpo más bello que hayan visto en su vida y lo pongan debajo de la cara de Tilde.

Sólo de pensar que íbamos a tener que compartir un espacio tan reducido como el SPACE LAB, me producía cosquillas en la nuca. Imaginarme que cruzaba con ella en uno de aquellos diminutos y

estrechos pasillos de la astronave, me aceleraba el pulso. Y la posibilidad de hacer «experimentos sobre la ingravidez» a medias, me ponía al borde del desmayo.

Rápidamente me di cuenta de que en los cálculos de mi viejo amigo de la CIA, el agente Delaware, Tilde y yo éramos «*aliados*». Y me apasionaba la idea de poder llegar a quitar la A, a la palabreja en cuestión.

Horathius me presentó como el recién llegado que no podía acreditar ningún título universitario, ni diploma, ni premio científico, ni nada parecido. Mi única habilidad consistía en que era un auténtico «recordman» en salir de situaciones apuradas, acompañado de mis amigos.

—Pase lo que pase… —Dijo Horathius—… podéis estar seguros de que Indy os traerá a la Tierra sanos y salvos.

Y, después de esto, me dejó entre mis compañeros y desapareció.

Eran las diez de la noche y ya habían terminado todos los trabajos por aquel día. Se suponía que, desde este momento, nos íbamos a dedicar a charlar, leer, escuchar música y confraternizar para evitar problemas allá arriba.

Los que habían diseñado el plan de entrenamiento habían sido sumamente cuidadosos en dejarnos unas horas libres y sin la presencia de médicos, científicos y demás monstruos, para que pudiéramos irnos haciendo amigos.

Lo que también estaba muy seguro es que los diferentes Servicios de Inteligencia habían «sugerido» a sus astronautas que no desaprovecharan una ocasión como ésta para poder sonsacamos el máximo número de informaciones.

Una vez que desapareció Horathius, la conversación se desarrolló así:

—Estoy agotada. Me voy a la cama. —Dijo Tilde.

—¿Qué tal van vuestros experimentos sobre inmunología? —Preguntó Hank a uno de los «ruskis».

—No estamos haciendo ningún tipo de experimento de eso. Creo que estás confundido. —Replicó el soviético.

—¡Caramba! Nos han dicho que no hiciéramos nada de esa materia, ya que os ibais a encargar vosotros… —Siguió Hank.

—¿No vais a realizar experimentos de inmunología? —Preguntó rápidamente el otro soviético.

—Alguna cosa… muy pequeña, sin importancia… —Replicó Hank, sonrojándose por su desliz.

Los dos soviéticos intercambiaron una rápida mirada.

Uno de ellos hubo de contener una sonrisa de satisfacción, mientras añadía:

—Nicolai y yo vamos a realizar una partida de ajedrez antes de dormir. Eso nos deja muy relajados.

Hank, dando un bufido, anunció que se iba a ver por TV un partido de
base-ball.

El polaco no se molestó en buscar ninguna excusa para desaparecer rumbo a su dormitorio. Se limitó a susurrar: «Buenas Noches» y se esfumó.

Sólo quedábamos Rabo y yo.

Aunque hubiera querido sonsacarle, dudo mucho de que la India tenga algún secreto que pueda interesarle a la CIA, así que lo mejor que podía hacer era confraternizar con él.

—He visto mejores Fiestas de Bienvenida. —Dije yo rascándome la cabeza.

Rabo sonrió, afirmando con la cabeza. Me pareció que no era un tipo de muchas palabras.

Dejé pasar unos segundos para ayudarle a que encontrara alguna frase corriente para romper el hielo.

Le costó más de lo que yo había previsto, pero lo consiguió. Dijo:

—¿Necesitas algo de mí? Si no es así, estoy algo cansado y…

—Voy a aceptar tu amable ofrecimiento. —Repliqué con toda la mayor dosis de mala sangre que pude encontrar—. Me gustaría que me dijeras el horario que se sigue aquí, cómo se pueden hacer llamadas al exterior, dónde se puede conseguir algo de *whisky*, una baraja…

Durante media hora lo mantuve ocupado explicándome en qué consistía la vida de los astronautas.

Era cierto que debía de estar cansado, pues mientras charlábamos en torno a una mesa, con sendas tazas de café, sus ojos se iban cerrando, vencidos por el sueño.

Se habrán fijado que he dicho *tazas de café*.

¡El alcohol estaba rigurosamente prohibido! ¿Cómo puede

esperarse de mí que traiga a la tripulación sana y salva, de vuelta a la Tierra, cuando ni si quiera me dejan llevar combustible para mi motor?

Me dirigí hacia mi dormitorio, convencido de que mi viaje al espacio iba a ser muy parecido a una semana de Ejercicios Espirituales en un convento de monjes budistas sordomudos y ciegos.

Me sorprendió encontrar encendida la luz de mi cuarto.

Aún más, descubrir un bulto bajo las sábanas.

Y, mucho más, ver que ese busto estaba desnudo.

Se trataba de Tilde Lothe que estaba protagonizando un concierto de sonoros ronquidos.

Volví a salir al pasillo y comprobé que, efectivamente, aquélla era mi habitación.

La que se había confundido era ella. O, quizá, buscaba alguna cosa de mí. ¿El qué?

No sean malpensados. Si algo me ha enseñado la vida es que en determinados ambientes, nadie da nada por nada.

Así que rápidamente volví a entrar en mi habitación dejando la puerta sin cerrar, cubrí el cuerpo de Tilde con la sábana (a la vez que me insultaba a mí mismo, sin ningún tipo de piedad), y le toqué suavemente el hombro.

—Hola cariño… —dijo suavemente—. ¡Cuánto has tardado! ¿Qué hora es?

Decidí seguir haciendo el imbécil, así que contesté:

—Me parece que se ha confundido de habitación.

Se desperezó dejando que la sábana cayera a un lado de la cama:

—No me he equivocado. —Dijo pasándome la mano bajo el pelo —. Ésta es tu habitación, y ésta es tu cama. ¿Verdad que he acertado?

Aquel simple movimiento de brazos había enviado hacia mis narices, unas oleadas de perfume francés capaz de narcotizar a un regimiento de ghurkas tibetanos.

Mientras Tilde se empeñaba en mostrarme una peca, yo le rogué que saliera de mi cama.

Mientras intentaba acariciarme el cuello, le rogué que saliera de mi habitación.

Mientras intentaba besarme, le dije que no olvidara su ropa.

Mientras me preguntaba si era gay, impotente, estaba cansado, no me gustaba, tenía algún defecto físico o algún complejo, yo la empujé hacia el pasillo.

Y luego, mientras intentaba dormirme, seguía pensando en ella y repitiéndome que era un imbécil.

La mañana no me deparó ninguna sorpresa: desayunamos todos juntos, sin casi dirigimos la palabra.

Tilde me saludó con la misma cordialidad que me había dado la bienvenida el día anterior, como si el episodio de mi dormitorio hubiera quedado completamente borrado de su mente.

Mejor así.

Después nos llevaron al gimnasio.

He de reconocer que no soy una persona que se preocupe por su forma física: es la vida la que me hace estar en forma. Pero no puedo por menos de sentirme muy orgulloso por el resultado comparado de nuestras habilidades físicas.

Mientras aquellos tipos empleaban un montón de horas en «mantenerse en forma» yo, sin el menor esfuerzo, era capaz de dejarlos en ridículo.

Lo peor vino en las pruebas contra el mareo.

Debíamos de caminar durante un buen rato, sobre una línea recta.

Ya ven que no es nada difícil.

Íbamos en fila india separados únicamente por un metro de distancia.

Fue entonces cuando sentí una fuerte punzada en el estómago. Y luego otra, y otra más…

Yo debía de caminar poniendo un pie delante de otro.

A los treinta segundos después de haber notado el primer pinchazo comencé a sentir unas imperiosas ganas de acudir a un WC.

Mi paso firme y marcial se hizo tímido y tembloroso.

Mis nalgas se contrajeron en un desesperado esfuerzo por impedir lo que ya me parecía inevitable.

La cara del doctor que estaba comprobando la prueba se arrugó en un gesto de desesperación.

Yo, más voraz que una piraña, más hambriento que un cocodrilo, con un estómago más poderoso que el de un hipopótamo,

me sentía atacado en el punto que siempre había creído más fuerte. ¡Sabotaje!

Un cóctel de tabasco, pimienta, chile y guindillas, a duras penas consigue arrancarme nada que no sea una ligera sonrisa. ¡Tenía que ser algo muy fuerte lo que me habían administrado!

Alguien estaba atentando contra mí aunque fuera de una forma tan poco peligrosa, como incómoda.

Abandoné mis intentos por seguir la línea recta y realicé una carrera de mil metros lisos en busca del WC más próximo.

Una vez que estuve sentado en mi «trono» comencé a examinar las posibilidades que habían tenido el resto de los miembros del equipo para haberme administrado laxante.

Todos eran sospechosos. Lo cierto es que yo me había sumergido en aquella bañera de caimanes sin tomar ni la más mínima precaución.

Tenía que descartar a Hank. A fin de cuentas era mi «socio» en esta aventura. También tenía que descartar al neutral Rabonisarpanda, ya que era «neutral».

La lista de «amigos y enemigos» que me había proporcionado Doug me decía que Tilde Lothe, mi gentil amiga holandesa, era del bloque de los que podían ser descartados.

Pero mi sexto sentido me decía que no. Que ella no había caído locamente enamorada de mis encantos. Por otra parte, durante el desayuno y desde que yo había comprobado que no me guardaba ningún rencor, yo había bajado la guardia con respecto a ella.

¡Y podía haberme puesto laxante en el café!

Decidí incluirla en el grupo de los sospechosos. Y, desde aquel momento, tenía dos posibilidades: pegarme a ella para impedirle boicotear el proyecto, o no permitirle que se acercase a mí, para que no pudiera tenderme una nueva trampa.

Mi cuerpo se inclinaba por la primera opción.

Mi cerebro, por la segunda.

Y yo, estúpido de mí, elegí la segunda.

Capítulo V

Los tres días que faltaban para nuestro lanzamiento fueron el paroxismo de la locura. Los análisis, las pruebas, los exámenes, los controles se sucedían casi durante las veinticuatro horas. Durante la noche dormíamos con electrodos y nos despertaban para realizar nuevos análisis.

Y en mi caso todavía tenía trabajos extras: un grupo de científicos se dedicaba afanosamente a ultimar los detalles de mi traje espacial, ya que su interior estaba diseñado de una forma anatómica, para que no nos causara molestias durante la estancia en el vacío.

Y no se trataba de un trabajo simple como el de un sastre; entre las diferentes capas que formaban el traje, miles de cables, circuitos, electrodos y otros instrumentales estaban colocados para seguir realizando análisis, o ayudarnos en caso de necesidad.

Además, yo estaba recibiendo cursillos para aprender a manejar el *scooter* espacial, y la pistola para desplazamientos.

Todo esto iba unido a mi preocupación por los sabotajes. Me sabía vigilado y espiado. Alguien había revuelto mis escasas pertenencias personales, mientras estaba haciendo pruebas. En mi macuto inseparable (en el que sólo guardaba la novela *Tiburón*, que no había conseguido sacar y leer desde mi llegada, una pequeña agenda, una foto y un par de recuerdos), había tomado la precaución de poner un delgado hilo sujetando uno de los bordes de la solapa, de tal forma que si alguien lo abría, rompería el hilo sin darse cuenta, ni notar su presencia.

Pues bien, el hilo había sido roto. ¡Me espiaban!

Lo cierto es que estaba durmiendo tres horas al día, y soñaba ansiosamente con el momento en que iban a enviarme al espacio,

donde esperaba poder descansar… ¡ya que nadie me había encomendado una misión especial!

Por fin llegó mi día deseado.

Me levanté con la misma ilusión que un niño el día de Navidad, esperando los regalos de Santa Claus.

Estoy seguro de que ustedes no necesitan que les describa cómo es nuestro cohete, lo habrán visto un montón de veces en la TV. El COLUMBIA es como un avión con el cuerpo muy grueso, y en la parte superior, donde los aviones llevan a los pasajeros, hay unas gigantescas compuertas que dan a una bodega donde llevábamos alojado el SPACE LAB.

Cuando estuviéramos allí arriba abriríamos la bodega y el laboratorio, el SPACE LAB, con cinco tripulantes, saldría al espacio donde permanecería haciendo experimentos, mientras el COLUMBIA volvía a la tierra pilotado por Hank y Leónidas.

No me molestaron las fotos de los periodistas, ni las últimas pruebas contrarreloj, ni siquiera el despegue.

Aunque creo que esto merece un comentario aparte.

Despegar de un cohete es como pedirle a un centenar de elefantes que se te sienten en el pecho, durante un buen rato.

El oxígeno no entra en tus pulmones; los ojos parece que vayan a saltar de sus órbitas; todo tu cuerpo intenta quedarse adherido como una segunda piel al sillón en el que estás sentado; los carrillos de la cara pretenden escapar hacia el cogote; las orejas quieren saltar al asiento trasero…

Pero todo pasa y, por fin, cesa la tortura.

Esta tortura, para ser más exactos.

No bien han comenzado a desaparecer los efectos de la aceleración, dentro de tu casco comienzan a sonar mil voces entremezcladas.

—¿Y habéis comprobado los estabilizadores?

—Desprendeos de los cinturones y ocupad vuestros puestos de navegación.

—Algo falla en el sensor de tu presión sanguínea, haz el favor de repasar el sistema.

—Recuerda que tienes que controlar el altímetro.

—No dejes nada suelto, en estado de ingravidez podría chocar con alguno de los mandos.

—Repasa todos los elementos de tu traje de salir al exterior, si se produjera una emergencia en los circuitos exteriores, tú tendrías que ser el encargado de repararlo, así que conviene que todo esté listo.

Aquel cúmulo de frases llegó a mis oídos en menos de tres segundos y todas, absolutamente todas, venían pronunciadas con un tono de emergencia grave.

¡Todo corría prisa, todo era urgente, todo era vital!

Me entraron ganas de desconectar mi casco y descabezar un sueñecito, pero los científicos de Tierra eran más listos que yo y no habían puesto ningún mando que me permitiera hacerlo.

No tuve más remedio que unirme al resto de mis compañeros en la tarea de cumplir las instrucciones que nos iban encomendando sin cesar.

No es fácil trabajar en estado de ingravidez. O por lo menos, yo no había recibido las suficientes lecciones como para acostumbrarme a ello.

Nada más soltarme los cinturones, me entraron unas ganas locas de dar una voltereta.

Rápidamente aquella idea desapareció de mi cabeza, bruscamente desalojada por unas feroces náuseas.

Casi sin darme cuenta había empezado a girar sobre mí mismo y flotar en el aire.

Mi intento de asirme al respaldo de uno de los sillones, no sirvió más que para complicar las cosas. No conseguí alcanzarlo, y aquel débil gesto de mi brazo, me hizo dar tres vueltas de campana y me envió flotando contra uno de los paneles de instrumentos.

Tenía ganas de gritar ¡SOCORRO!, a pleno pulmón, pero temía que si abría la boca, mi maltratado estómago aprovecharía la oportunidad para gastarme una de sus bromas.

—Soc… soc… soco… rrooo… —Conseguí susurrar.

Tilde fue la primera en girarse. Ella ya estaba acostumbrada y conseguía desenvolverse sin mayores problemas.

—Ven a mis brazos… Dijo con una sonrisa que le llegaba de una parte a otra del casco.

Pese a lo mucho que me había resistido, no tuve más remedio que obedecer sus instrucciones. Y lamenté mucho tener que hacerlo cuando ella iba más vestida que un caballero medieval. Pero, así es

la vida.

Tilde me sujetó por los hombros y comenzó a explicarme los trucos para conseguir sobrevivir.

—No es más difícil que aguantarse en el agua. Sólo tienes que ir moviéndote lentamente, procurando compensar los desequilibrios de tu cuerpo. Cuando estás flotando mueves los brazos para seguir en la misma posición. Y aquí tienes que hacer lo mismo, sólo que con mucha más lentitud, ya que un movimiento brusco, volvería a lanzarte contra la pared.

Tenía razón, no era difícil, sólo se necesitaban unas cuantas horas de práctica. Unas horas que yo no había tenido.

—Creo que lo mejor será que te acuestes un rato… ¡te acompañaré a la cama!

—¡NO! —Grité muy asustado. ¿Quién sabe lo que pretendería Tilde?

Hank se volvió hacia nosotros.

—Creo que será lo más indicado, Tilde. Llévalo a su litera y vuelve aquí rápidamente.

Las precisas instrucciones de Hank me tranquilizaron. Estaba seguro de que Tilde era necesaria y no la dejarían permanecer conmigo más que el tiempo estrictamente necesario.

Apoyándome en sus hombros como un inválido, avancé hacia el dormitorio.

Cada una de las literas constaba de un saco de dormir sujeto al colchón y del que sólo se podía sacar la cabeza, de tal forma que uno quedaba dentro de él, como unas ciruelas dentro de una bolsa.

Una forma como otra cualquiera de evitar el «sonambulismo flotante».

Mientras Tilde me explicaba los aparatos que debía desconectar me quedé dormido.

Cuando Rabo me despertó, habían transcurrido diez horas desde que había cerrado los ojos.

Salí de mi bolsa, fresco como una lechuga. Rabo sólo tuvo que recordarme las instrucciones que me había dado Tilde. ¡Y ahora me parecieron facilísimas!

En unos pocos minutos conseguí unos resultados mínimamente satisfactorios.

Hank, Nicolai y Rabo se disponían a descansar.

Los cuatro restantes íbamos a estar a cargo de todos los aparatos.

Éramos Tilde, Leónidas, Levi Wiszizmelzsco y yo. Si les digo que aquello era lo más parecido a una jaula de mandriles en un zoológico, no les engañaría en nada: Cada uno estaba en una esquina del SPACE LAB, trabajando en una cosa en concreto y frecuentemente, se dirigían miradas sobre el hombro, para vigilar que nadie les espiase y para ver si podían averiguar qué estaban haciendo los demás.

Según los planes que nos habían dado en Cabo Kennedy aquello era «trabajo en equipo para ensamblar el SPACE LAB». No sé qué concepto del trabajo en equipo tendrían aquella gente.

Fue entonces cuando desaparecieron del interior de mi casco todas las voces que ya había aprendido a escuchar.

El silencio fue ocupado por una única voz metálica, fría e impersonal. Una voz computadora que con el mismo tono que nos hubiera anunciado que el café se enfriaba, nos dijo:

—Emergencia tres. Durante las verificaciones de rutina en las compuertas de la bodega, se ha comprobado que las cerraduras no obedecen las instrucciones eléctricas. Se aconseja una inspección manual.

La voz debía de haber sonado también dentro del casco de los tres tripulantes que dormían, ya que se incorporaron en sus camas.

Hank era el encargado del COLUMBIA, de la nave que había remolcado el SPACE LAB hasta allí arriba y Nicolai era el responsable del laboratorio, así que ambos comenzaron a cambiar opiniones por el circuito cerrado de sus intercomunicadores.

Esto último es un sistema electrónico que facilita que dos astronautas hablen entre sí, sin ser escuchados por los demás. Un aparato que me extrañaba que no hubiera utilizado Tilde para hablar conmigo.

Es un sistema muy bueno, ya que permite aislarse de las voces que provienen de las estaciones de seguimiento de Tierra.

Pero he de decir que a mí me ponía muy nervioso.

Sobre todo porque Hank y Nicolai gesticulaban mucho al hablar y, de tanto en tanto, se giraban hacia mí y me señalaban con la mano.

Hank negaba con la cabeza. Nicolai parecía exigir algo de mí.

Algo que, por los gestos que hacía, significaba salir al exterior.

Permanecí atento a aquella conversación, poniendo la cara de estúpido que pondría un inocente ante el Tribunal de la Inquisición que elegía entre empalarlo o tostarlo en una hoguera.

Por fin, Hank avanzó hacia mí, con una sonrisa tan falsa como la de un gato a un ratón.

—Creo que tendrás que salir para realizar alguna pequeña reparación —comenzó a decirme—. Nada importante. ¿Ya sabes usar la «Percha»?

Asentí con la cabeza, muy desganadamente. Era una de las pocas cosas que se habían preocupado de enseñarme allá abajo en la Tierra.

La «Percha» una especie de «moto» espacial, que nos permitía desplazarnos por el exterior.

No sé quién le pondría el nombre de «Percha» ya que era mucho más parecida a una mochila con brazos. Una gran mochila que iba desde más arriba de la coronilla, hasta más abajo de las rodillas y con un par de brazos que iban situados bajo los míos.

Tras observar que nadie nos espiaba, Hank cambió su intercomunicador y su voz solamente resonó en mi casco.

—Ten cuidado Indy, me temo que puede ser alguna jugada de los «ruskis». ¡Vigila!

No hacía falta que me lo recordara. No había querido avisarle para no ponerle nervioso, pero desde mi ataque de diarrea, había visto algunas cosas sospechosas: alguien había quitado mi filtro del aparato de reciclaje de oxígeno, la ya mencionada inspección de mi macuto, y la destrucción de uno de mis «scanners».

Si a todo esto unimos mi extraño secuestro en New York y las siglas de la persona que había alquilado la oficina del Empire State Building, creo que podremos deducir que los «ruskis» estaban muy interesados en conseguir que yo desapareciera.

He de decir que no soy una persona miedosa; me he enfrentado con todo tipo de enemigos, sin ningún temor. Pero una situación como ésta me desconcertaba. ¿Quién era mi enemigo? ¿De quién debía de protegerme? Sólo sabía una cosa: debía de desconfiar de Tilde, de los rusos y de Levi por este orden.

Me dispuse a introducirme en mi traje espacial, tras pedir al control de Tierra que hicieran todas las verificaciones posibles sobre

el funcionamiento de todas y cada una de las partes del traje.

Me contestaron que todo funcionaba correctamente.

No tenía ninguna excusa para negarme a salir al exterior.

Rabo me ayudó a terminar de vestirme, y me acerqué a la compuerta. Se trataba de un pequeño cuartito con una puerta hermética a cada lado: una me comunicaba con el interior de la nave, la otra con el espacio.

Con un ligero saludo de mano, me despedí de mis compañeros, y entré en el cuartito.

Me senté, dispuesto a esperar el tiempo necesario para despresurizarlo y permitirme la salida al exterior. Mientras transcurría el tiempo, en una pantalla de TV situada frente a mi asiento, unos dibujos se encargaban de explicarme cómo eran los cierres de las compuertas de la bodega y cuáles podían ser sus fallos.

Los estudié detenidamente, hasta que una luz amarilla, parpadeante, me indicó que todo estaba listo para que saliera al exterior.

Mientras en mi casco resonaban los deseos de suerte de todos mis compañeros (les aseguro que pasé lista a ver si alguno no lo hacía), me lancé al espacio exterior. Mi «Percha» arrancó con suavidad.

Mi tranquilidad venía dada por el hecho de que un cordón umbilical me unía a la nave.

Pasase lo que pasase, yo no me quedaría flotando en el espacio.

Varias veces había leído lo que sucede en las salidas al exterior. Al igual que la Luna gira en torno a la Tierra, atraída por la masa de ésta, yo también «orbitaba» en torno a la astronave.

A los treinta segundos de mi salida, la voz de Hank comenzó a sonar en el interior de mi casco.

—¿Estás bien? ¿Ya te has acostumbrado a flotar? ¿Notas alguna alteración?

Le dije que me encontraba perfectamente y que me dirigía hacia la parte superior de la nave para realizar el trabajo que me habían encomendado.

Ya sé que en el espacio exterior no se oyen ruidos. Y mucho menos si se está protegido por un casco como el que yo llevaba colocado sobre la cabeza.

Primero oí un ¡TAF, TAF… TAF…! Y mi «Percha» dejó de funcionar.

Después oí un ¡CLIK!

En aquel momento todo el murmullo de voces cesó en el interior de mi casco. Y apareció la desagradable voz cibernética que antes nos había avisado de la avería de los cierres.

—*EMERGENCIA UNO*. Repito: *EMERGENCIA UNO*. El astronauta situado en el exterior de la nave ha perdido contacto. Repito: HA PERDIDO CONTACTO. Su cordón umbilical se ha soltado. Su «Percha» también ha dejado de funcionar.

A pesar de lo incómodo que era, me contraje hasta que mis ojos pudieron ver mi ombligo. El cerebro electrónico tenía razón. Allí donde debía de estar conectado el cable a mi cinturón, no había más que una arandela vacía. ¡Aquello había sido el CLIK!

Sin darme cuenta, mi brusca contracción, me había alejado unos metros de la nave.

—¡¡¡Indy!!! —Aulló la voz de Hank dentro de mi casco—. ¿Estás bien?

—Sí creo que sí…

—Escúchame atentamente: vamos a salir a rescatarte, pero tienes que procurar no alejarte de la nave… ¿Me has oído?

—Sí. Daos prisa, por favor. —Dije en tono suplicante.

—No tenemos elementos para acercarnos a ti. Tendremos que hacerlo manualmente, y para conseguirlo es necesario que tú no estés muy lejos de la nave… ¡Permanece quieto, sin hacer ni un solo movimiento!

Antes de que hubiera terminado de decir la frase, yo quedé inmóvil como la estatua del Discóbolo de Mirón.

—Tardaremos poco tiempo en salir a buscarte… —Seguía diciendo Hank—. Serán unos cinco minutos aproximadamente. ¡No hagas un solo movimiento mientras tanto! ¡Y avísanos de cualquier cosa que te suceda!

Seguí sus instrucciones al pie de la letra. ¡Y estuve tentado de contener la respiración hasta verlos aparecer por la compuerta!

Creo que el espacio distorsiona el cerebro humano: me pareció que aquellos cinco minutos, duraban varios siglos.

Y los diez metros escasos que me separaban de la nave se me antojaron más largos que la autopista Panamericana, la que va

desde Chile hasta Alaska.

Alguien estaba jugando conmigo. El que estaba saboteándome, sabía que yo haría revisar mi traje y había elegido el punto más débil, aquel que desde tierra no podía comprobarse: la unión del tubo con el cinturón.

¡Y yo había sido tan estúpido como para no repasarlo manualmente! Maldije todos y cada uno de los segundos que mis compañeros emplearon hasta salir por la compuerta.

De tanto en tanto la voz de Hank resonaba en el interior de mi casco dándome ánimos. Había tenido el detalle de desconectarme de las voces que llegaban del control de Tierra. Quizá para evitarme el mareo, quizá para impedirme oír lo apurado de la situación.

Lo único que me atrevía a mover en aquel estado de «parálisis», a la que me había sometido, eran los ojos. Mi única distracción consistía en mirar el paisaje. Un espectáculo bastante monótono y aburrido, ya que estaba todo lleno de vacío negro.

O casi todo, ya que, a la derecha, un destello llamó mi atención.

Se trataba de una pequeña nave americana, esférica, y de la que salían varios tubos metálicos.

Hice un poco de memoria hasta recordar dónde la había visto.

¡Era una de las naves de aquello que llamaban «La Guerra de las Galaxias»! Un cohete capaz de disparar rayos láser…

Y, mientras lo recordaba, uno de los tubos comenzó a apuntarme.

CAPÍTULO VI

Mientras el láser me apuntaba, no sabía con qué intenciones, la compuerta de la astronave se abrió y escupió al exterior a dos de mis compañeros.

Por el vestido que llevaban pude averiguar que se trataba de Tilde y Levi.

—¡Daos prisa! —Les urgí—. Creo que «eso» de ahí pretende gastarme una jugarreta.

Y mientras decía «eso de ahí» hice un movimiento involuntario señalándolo con el pulgar.

Me alejé de la nave unos centímetros, sólo unos pocos centímetros, que me parecieron una exageración.

—¡No te muevas! —Gritó Tilde lanzándose al espacio.

Levi permanecía junto a la compuerta de salida e inconscientemente sujetaba el cordón umbilical de Tilde.

Sin apartar mi mirada del satélite-láser, le pregunté a la holandesa:

—¿Cuánto mide el cordón?

—Diez metros. —Me contestó con mucha seguridad.

Calculé que estaría a diez metros y medio de la nave. ¡Lo suficiente como para que ella no pudiera llegar hasta mí!

El satélite-láser comenzó a funcionar: primero se encendieron unas luces, después giró todo el cohete en torno al eje que formaba el cañón que me apuntaba.

—Tilde, por lo que más quieras, ¡date prisa!

El cañón comenzó a girar sobre sí mismo, en sentido contrario al cohete.

—¡Tilde! ¿Quieres venir de una vez?

Aparté los ojos del láser para fijarlos en mi compañera.

Estaba muy cerca de mí. El cable estaba completamente recto, Tilde tenía sus brazos tendidos… ¡Y todavía me faltaba un metro para que las puntas de nuestros dedos se tocaran! ¡Mi sentido del cálculo de distancias estaba de vacaciones!

—¿No puedes acercarte un poquito? —Dijo ella—. No me atrevía a hacerlo. No sabía cuál era el movimiento necesario para acercarme. Tenía miedo de equivocarme y alejarme aún más de ella.

«Cohete-láser» vino en mi ayuda.

Casi se puede decir que presentí que iba a disparar sobre la parte inferior de mi mochila. Inconscientemente encogí mi trasero.

Un rayo blanco-azulado cruzó por donde había estado mi trasero.

Y yo, salí disparado hacia Tilde.

«Cohete-láser» comenzó a rectificar su postura, intentando volver a tenerme apuntado.

Los brazos de Tilde se aferraron en torno a mí.

Vi cómo Levi comenzaba a jalar la cuerda a una velocidad imposible de concebir en el espacio exterior.

También vi cómo «Cohete-láser» no nos perdía de vista. Y cómo una nueva colección de destellos comenzaba a aparecer en el espacio. Por un momento me pareció estar en una de aquellas películas donde el protagonista cae al mar, y los tiburones confluyen hacia él desde todas partes.

Estaba decidido a no ser el primer objetivo civil de las armas espaciales, así que, tomando a Tilde por la cintura, comencé a nadar desesperadamente hacia la boca de la compuerta.

El láser volvió a disparar.

Hank había dejado abierta la línea de comunicación y un montón de voces llegaban gritando hasta mí. Desde el Control de Tierra los «ruskis» nos acusaban de estar boicoteando el proyecto. Nuestros científicos les acusaban a ellos.

Dentro de la nave, debía de faltar poco para que Hank se liase a bofetadas con Leónidas y Nicolai.

Yo, sin preocuparme de todo esto, me zambullí dentro de la compuerta empujando a Tilde y a Levi al interior. Nerviosamente oprimí los mandos que cerraban la puerta exterior.

Mientras se corría el panel, pude ver como tres astronaves más

se habían unido a mi viejo amigo «Cohete-láser».

Sólo entonces me di cuenta de que el cuartito de salidas había sido diseñado para una sola persona. O para dos, en caso de extrema necesidad.

Pero tres éramos demasiados para aquel reducido espacio.

Recordé amargamente que aquélla era una de las situaciones que había soñado en el momento en que me presentaron a Tilde.

La única diferencia con mi sueño era que el codo de Levi se clavaba profundamente en mis riñones, la pierna izquierda de Tilde me tenía chafado contra el suelo, yo estaba bocabajo y mis piernas estaban haciendo una feroz «*pressing*» en la cabeza de Levi. Y además, en el exterior de la nave comenzaban a restallar los impactos de los láser.

Cuando se abrió la puerta, los tres caímos en la nave como una madeja de cuerdas desenredándose.

Nadie se preocupó de ayudarnos. Todos estaban en los sillones de vuelo siguiendo atentamente lo que sucedía en el exterior.

Mientras me desprendía de mi incómodo traje, fui dando un vistazo sobre el hombro de Hank.

La situación me recordaba bastante a esas cacerías que suelen realizar los ingleses, donde un par de centenares de perros acosan a un pobre y famélico zorro.

El zorro, obviamente, éramos nosotros y los perros eran aquellos engendros mecánicos que nos rodeaban.

De un solo vistazo contabilicé casi una docena.

Hank, como capitán de la nave, estaba sentado a los mandos, peleándose con el control de Tierra.

—¡Volvemos! —Gritaba mi compañero nerviosamente.

—Es necesario que averigüéis quién está alterando los cohetes militares. ¡Los rusos nos han interferido las señales y están ordenando que os persigan! —Replicaban desde Houston.

Leónidas y Nicolai protestaron vivamente. ¿Acaso no iban ellos allí dentro? ¿Qué objetivo tenía el estropear un vuelo en el que tanto americanos como rusos se iban a beneficiar? ¡También podía pensarse que los americanos intentaban boicotear este programa común! Quizás estaban mintiendo al decir que alguien les había «robado» el mando de sus naves-láser.

Hank se congestionaba al escuchar todas aquellas cosas. Tuve

que colocarme entre ellos para impedir que estallase una pelea a puñetazos entre los rusos y Hank.

En Tierra las cosas no iban mejor.

Desde el Kremlin habían dicho que si la NASA no devolvía con vida a sus astronautas, los misiles comenzarían a caer sobre Washington, New York, Boston, Los Ángeles, Filadelfia…

El presidente había amenazado con hacer lo mismo con Moscú, Leningrado, Vladivostock…

Hank, Nicolai y Leónidas, seguían enzarzados en la discusión.

Y la «Guerra de las Galaxias» seguía rodeándonos.

Casi a empujones llevé a Hank nuevamente ante los mandos de la nave.

Las confusas voces del control de Houston, ahora se habían convertido en contradictorias. Los rusos mandaban órdenes a Nicolai y Leónidas en su idioma, Tilde también estaba recibiendo instrucciones en el suyo, y Rabo, y Levi.

Aquello amenazaba en convertirse en un «sálvese quien pueda», olvidándonos de que aquí, en esta situación, nos salvamos todos o ninguno.

Mientras todos discutían alrededor mío, me acerqué al panel de mandos y consulté dónde estaba la comunicación con Tierra. Era un elemento no más grande que una pantalla de TV pequeña.

Cerca de mí estaba el casco que Levi había dejado en el suelo.

Lo cogí firmemente…

… Y lo estrellé contra el panel de comunicación.

Todas las voces de la Tierra desaparecieron.

En el silencio que siguió me puse en medio de mis compañeros.

—Tenemos dos soluciones: montar un combate de boxeo entre nosotros siete, y dejar que lo ganen los láser, o… esperar hasta estar en tierra firme para pelearnos. ¡Yo prefiero lo segundo! ¿Y vosotros?

También. Sin el estímulo de la gente de la estación de control de Houston, todos parecieron reaccionar con cordura.

Cada uno se dirigió hacia su asiento.

Yo detuve a Hank.

—Si mal no recuerdo, me encargaron llevaros sanos y salvos a la Tierra, si surgía cualquier problema. ¡Es mi momento!

Hank era un buen piloto, pero le faltaba capacidad de

improvisación, capacidad de tomar decisiones alocadas… pero efectivas. ¡Yo era mejor en eso!

Asintió con la cabeza, cediéndome el sitio de piloto.

Una vez sentado en el sillón, di un vistazo al exterior.

La docena de cohetes-láser estaban dispuestos a terminar con nosotros. Hasta ahora se habían limitado a disparar contra la carrocería de la nave y, en algunos puntos, ésta había comenzado a ceder.

Si se producía un orificio, uno solo, por pequeño que fuera, nuestra querida COLUMBIA se convertiría en nuestra tumba.

Perdí a Hank que se colocara junto a mí. Todos los mandos que tenía en frente, me ponían nervioso y, además, había muchos que no sabía para qué servían.

—¿Cómo podemos ganar velocidad?

Hank me señaló unos botones.

Después le pregunté dónde estaba el señalador de combustible, los mandos para hacer girar la nave, para soltar el SPACE LAB, para frenar…

Una vez lo tuve todo en la cabeza agarré firmemente el volante y pedí a mis compañeros que se sujetaran.

Aceleré al máximo.

No sé lo que sentirán los pilotos de Fórmula I cuando hacen esto, pero yo puedo asegurarles que todos nos quedamos sin respiración.

Nuestra nave dio un increíble salto hacia delante y, en una décima de segundo, los cohetes-láser, habían quedado atrás.

Pero, otra décima de segundo después, ya se hallaban a nuestra altura.

Comencé a hacer
zig-zag,
subidas, bajadas, «*loopings*» suicidas, frenazos brutales, acelerones asesinos, y todo lo que se me ocurrió. Aquellas seis personas que iban a mis espaldas, curtidas en los problemas de la falta de gravedad, comenzaron a dar inequívocos síntomas de tener los estómagos revueltos.

Y los cohetes-láser no dejaban su persecución.

Sin que nadie lo dijera, todos teníamos la extraña sensación de que lo único que estábamos haciendo era demorar el momento de la

muerte.

En nuestros rostros se podía leer perfectamente la desilusión, la resignación a la fatalidad de nuestro destino.

Únicamente Rabo parecía tan imperturbable como siempre. Era la viva imagen de la tranquilidad hindú.

Obligué a la nave, a avanzar haciendo ligeras oscilaciones sobre el eje central, para impedir que los rayos láser golpeasen dos veces en el mismo punto y lograran abrir una brecha en nuestro fuselaje.

Pero aquello no podía ser eterno.

—Creo que debemos intentar otra cosa.

Todos, menos Rabo me miraron ansiosos.

—Los láser nos apuntan debido al calor que despedimos. Si consiguiéramos que un objeto con más temperatura atrajera sus radares térmicos…

Todos estaban atentos, esperando que continuara.

—Lo único que se me ocurre es activar todos los aparatos del SPACE LAB, y soltarlo.

—No se abre la bodega. —Dijo Nicolai—. ¿No lo recuerdas?

Callé unos instantes para dar más dramatismo a mi frase:

—Si un voluntario quisiera salir al exterior…

Lentamente Rabo alzó la mano.

—Me da igual morir aquí dentro que allí afuera. —Dijo tranquilamente.

—¿Algún voluntario más? —Pregunté.

Todos, sin excepción alzaron la mano.

—Está bien. Hank y Nicolai saldrán fuera.

Rabo me miró sorprendido.

—No quiero que el encargado de darnos la única posibilidad de sobrevivir, sea el que tiene menos moral de todo el equipo.

Antes de terminar de hablar Hank y Nicolai se habían comenzado a vestir, mientras Tilde preparaba nuevamente la cámara de salidas al exterior.

En dos minutos, todo estaba listo. Hank me indicó el panel que tenía que observar para saber que los cierres de la bodega habían sido desbloqueados. Después me dijo lo que debía de hacer para conseguir que el SPACE LAB saliera.

Leónidas y Levi estaban conectando todo el instrumental del SPACE LAB. Rabo seguía detrás de mí con la mirada fija en el espacio

infinito, como si no le importara salvarse o perecer.

En pocos segundos, comenzaron a llegarme las respuestas de mis compañeros: Hank y Nicolai se disponían a salir, Leónidas y Levi habían cumplido su misión y volvían a la cabina de mando. Tilde se situó a mi lado dispuesta a ayudarme en lo que hiciera falta.

Fueron los minutos más angustiosos de mi vida. Yo seguí dirigiendo la navegación en

zig-zag,

cuidando de no entorpecer las maniobras de los dos que estaban fuera; pero, por otra parte, tampoco podía exponerme a que los láser nos alcanzasen.

Desde que todos los aparatos del SPACE LAB se habían puesto en funcionamiento, todo el calor que generábamos nosotros se había incrementado y los cohetes-láser habían redoblado su actividad.

Por fin se encendió la luz indicándome que la compuerta de la bodega estaba desbloqueada.

Di un suspiro de satisfacción: Sólo faltaba que Hank y Nicolai volvieran al interior.

—No los esperes. —Me dijo Tilde como si pudiera leer mi pensamiento—. Abre las compuertas y, en cuanto que salga el SPACE LAB, ellos entraran en la bodega. Es más rápido.

Tenía razón.

Conecté las cámaras de TV y realicé las maniobras para desprender el SPACE LAB.

Por la pantalla vi cómo Nicolai y Hank se introducían por las compuertas abiertas y comenzaban a empujar el laboratorio volante hacia el exterior.

Los rayos de los cohetes-láser estaban todos concentrados en aquella zona.

Lentamente nuestro «señuelo» comenzó a salir al espacio. En cuanto estuvo fuera del radio de giro de las puertas de la bodega, comencé a cerrarlas, mientras desconectaba lodos los mandos de nuestra nave.

Contuvimos la respiración en espera de ver los resultados.

El SPACE LAB vagaba a unos quince metros de nosotros.

Los cohetes-láser estaban ajustando sus cañones hacia él.

Nosotros, con los motores apagados, no atraíamos sus sensores.

Por fin, vi como las compuertas de la bodega se cerraban, con

Nicolai y Hank en su interior.

Esperé treinta segundos dando tiempo a que el SPACE LAB se alejara aún más de nosotros. Y, finalmente, conecté los motores.

Nuestra nave se convulsionó y saltó hacia delante.

Podíamos ver cómo todos los disparos de láser estaban conectados sobre el «señuelo» que habíamos dejado a la deriva.

Un par de cohetes, al detectar nuestra fuente de energía, vacilaron en su trayectoria.

Uno siguió al SPACE LAB, el otro se vino hacia nosotros.

—Sólo podemos hacer una cosa: descender a la Tierra a toda velocidad y confiar en que a la entrada de la atmósfera, ese cohete —láser se desintegre.

Y lo hice.

En una maniobra que si la hubiera hecho un avión habría sido llamada peligrosa, pero que haciéndola nosotros era suicida, me zambullí hacia nuestro querido y viejo planeta.

La aceleración nos golpeó a todos brutalmente.

A mis espaldas Tilde y Rabo se desmayaron. Leónidas se agarró a uno de los respaldos.

Mi vista comenzó a nublarse.

Bajamos en línea recta, a la mayor velocidad posible, sin perder tiempo en oscilaciones que nos protegieran de los rayos láser de nuestro cohete perseguidor.

Los oídos me dolían.

El oxígeno dejó de penetrar en mis pulmones.

Leónidas y Levi cayeron desmayados.

El láser golpeó justo encima de la cabina de mandos.

Y volvió a golpear.

Y otra vez…

CAPÍTULO VII

Me sentí como el chófer de un autobús nocturno de larga distancia: todos estaban desmayados, y yo no podía permitirme el lujo de imitarlos.

Estábamos cayendo sobre la Tierra a una velocidad que hubiera provocado un infarto al viejo Isaac Newton. Seguro que, de habernos podido observar, hubiera formulado la Ley de la gravedad de una forma muy exagerada.

Acabábamos de entrar en la capa atmosférica. El morro del «Shuttle» comenzaba a adquirir un tono rojizo, como si deseara fundirse.

Y, a nuestras espaldas, sonó un horrible estampido.

Pedazos incandescentes del cohete-láser nos adelantaron, aún a mayor velocidad.

¡El peligro había cesado!

O, mejor dicho, aquel peligro.

En este momento, estábamos cayendo hacia la Tierra con la fuerza de un meteorito llegado desde una lejana galaxia.

Intenté frenar el vehículo.

No había tenido tiempo de observar hacia dónde caíamos y, cuando miré por la ventana, lo único que pude ver era una gigantesca superficie de agua.

Sólo necesitaba saber a cuál de los varios océanos del planeta me estaba precipitando.

De no haber estropeado la conexión con la Tierra, ahora nos informarían del punto a donde nos dirigíamos, de las unidades de rescate que ya estaban aproximándose hacia el punto donde habían previsto que aterrizaríamos…

Porque, estoy completamente seguro, de que los

perfeccionadísimos ordenadores de la NASA, ya habían calculado lo que yo ni siquiera podía adivinar.

Había logrado desviar nuestro descenso perpendicular hacia el planeta, y estaba consiguiendo algo que se parecía a un acercamiento paralelo.

¡Ya estaba seguro de que no íbamos a estrellarnos!

Lentamente, a mis espaldas, la tripulación comenzaba a recuperarse de sus desmayos: Tilde, Leónidas, Rabo y Hank se acercaron a mí.

—¿Qué ha sucedido? —Preguntaron los cuatro a la vez, como si se tratara de un coro muy bien conjuntado.

Les hice un resumen de lo sucedido en los últimos minutos.

—¿Dónde descenderemos? —Preguntó Hank.

—Donde podamos. —Le contesté—. ¿Alguien tiene alguna idea de dónde nos encontramos?

Hank comenzó a manipular los instrumentos.

—Creo que nos hallamos sobre el Océano Atlántico. Estamos avanzando hacia Europa, cruzando sobre África.

—¿Quieres guiarlo tú? —Le pregunté.

Sin responderme, Hank se sentó a los mandos de la nave, mientras Leónidas ocupaba el asiento del copiloto.

En pocos segundos habían conseguido hacer un montón de cálculos que yo no hubiera podido realizar en un siglo.

En primer lugar no teníamos combustible suficiente como para llegar al desierto de Mohave, donde suelen aterrizar los COLUMBIA, y donde debíamos de haberlo hecho nosotros, de no haber ocurrido nada especial.

En segundo lugar llevábamos demasiada velocidad como para intentar tomar tierra en el Sahara, que era una superficie bastante llana que hubiera sido muy apropiada.

—¿Dónde creéis que podremos aterrizar? —Pregunté ingenuamente.

Hank y Leónidas comenzaron a hacer cálculos. Dejaron de hacerlos para mirarse unos segundos fijamente, y volvieron a concentrarse en sus aparatos.

—Creo que… —dijo Leónidas—. ¡Pero es una locura!

—No creo que tengamos elección… —Replicó Hank.

—Pero… tiene que estar llenísimo… ¡Podemos provocar una

catástrofe!

—Más vale eso, que no aterrizar sobre una ciudad… ¡Ya conoces las instrucciones!

—Esas órdenes estaban dictadas para el caso de que pudiéramos avisar por radio…

—¿Queréis decirme de una maldita vez hacia dónde vamos? —Pregunté un tanto nervioso por la palidez de los rostros de los dos pilotos.

Hank tomó aire antes de contestarme:

—Schiphol… el aeropuerto de Amsterdam.

Fui yo el que palidecí. Schiphol es uno de los aeropuertos más grandes de Europa. ¡Pero también uno de los más concurridos! ¡Cada cinco minutos despega un avión y aterriza otro!

—Supongo que es broma… —Insinué.

No. No lo decían para asustarnos. ¡Íbamos allí!

—No tenemos combustible para intentar otra cosa… —Dijo Hank—. Además, en estos momentos, todos los radares del mundo deben de saber que nos dirigimos allí. ¡Ya tomarán las medidas necesarias!

Miré por la ventanilla: atrás quedaban los Pirineos y estábamos cruzando la verde Francia.

Hank nos ordenó que nos sentáramos y abrocháramos los cinturones.

A mi lado Rabo se movía reposadamente.

Admiré su sangre fría y se lo dije.

Me sonrió.

—Todo terminará bien. Ya hemos pasado lo más difícil. Esto es como un «*Best-seller*»: los buenos siempre ganan. Ya lo verás cuando termines de leer *Tiburón*.

—Ojalá tengas razón y la vida imite a la literatura.

Me callé al oír a Hank que pedía silencio, y di un tímido vistazo al exterior por la ventanilla.

Sumergidos entre nubes avanzábamos hacia Schiphol. Sobre sus pistas de aterrizaje, todos los aviones se desplazaban a una velocidad inaudita, intentando apartarse de nuestro recorrido. Hasta los pesados «Jumbos» y «Concordes» se movían sobre la pista como rabiosos «Scalextrics» a toda velocidad.

Los coches de bomberos intentaban cubrir toda la pista central.

Varios aviones militares estaban acercándose a nosotros con obvias intenciones de protegemos.

En aquel instante el consumo de oxígeno dentro de nuestra cabina estaba al cero más absoluto, ya que todos aguantábamos la respiración.

—¡Allá vamos! —dijo Hank.

Varios de mis compañeros cerraron los ojos, supongo que para rezar. Yo, que siempre he sido más práctico, comencé a pensar en los mil y un problema que nos esperaban después de aterrizar.

La CIA iba a caer sobre nosotros. Nos iban a preguntar por todos y cada uno de los segundos empleados allí arriba. ¡Iban a estar deseosos de encontrar cualquier pista que pudiera culpar a los «ruskis» de lo que nos había sucedido!

Botamos sobre el suelo sin mucha delicadeza. Después volvimos a botar y las llantas permanecieron sobre el asfalto, mientras nos deslizábamos sobre él a más velocidad de la prudente.

—¡Vamos a chocar! —Oí que gritaba Hank.

Frenamos en seco. El COLUMBIA se desplazó lateralmente, como los «Fórmula I» que se salen de la pista.

Íbamos a demasiada velocidad. El aparato giró peligrosamente sobre su costado.

Parecía que íbamos a volcar… no… sí…

—¡Volcamos! —Chilló Hank.

Afortunadamente ya casi no nos quedaba combustible.

El COLUMBIA giró sobre su costado, rompiéndose una de las alas en mil pedazos. Los coches de bomberos y ambulancias nos rodearon arrojando espuma seca sobre nosotros. Las sirenas contribuían a dar un mayor aspecto infernal a todo aquello. Las luces de la pista se apagaron para evitar producir una chispa que pudiera incendiarnos.

Nosotros salimos despedidos contra las paredes y el techo de la cabina.

Yo sentí un golpe en la cabeza…

Me desvanecí.

Sólo estuve unos pocos segundos sin conocimiento. Cuando volví en mí, el caos seguía reinando: los bomberos de Schiphol habían decidido que nuestras vidas eran más importantes que el carísimo fuselaje del COLUMBIA y estaban intentando entrar dentro de él a

golpe de hacha.

Varios de mis compañeros ya habían sido sacados al exterior o habían conseguido salir por sus propios medios.

Y, en medio de todo aquel caos, en mi cerebro resonaba una sola palabra: TIBURON.

¿Por qué aquello?

Me incorporé dispuesto a salir.

Y entonces lo comprendí.

TIBURON… ¿Cómo sabía Rabo que yo estaba leyendo aquel libro? ¡No lo había sacado desde que había llegado al centro de lanzamiento! ¡Él era quién había espiado mi macuto! ¡El me había dado el laxante! ¡El me había ayudado a vestirme poco antes de mi salida al espacio!

¡Eran demasiadas casualidades!

Pero ¡él no era ruso! ¿Para quién trabajaba?

Lo busqué entre mis compañeros que seguían dentro del COLUMBIA y no lo localicé.

Apartando a Tilde de una forma que debió de parecer muy poco caballerosa a los bomberos, salí al exterior por uno de los agujeros de la cabina y, una vez en el suelo, me deshice de los mil brazos que pretendían arrastrarme hasta una camilla, y busqué al hindú con la vista.

¡Tampoco estaba! ¿Dónde diablos se había metido?

Mis brazos se habían convertido en aspas de viento, apartando a todas las personas de buen corazón que pretendían ayudarme. Pero yo sólo tenía un pensamiento: localizar a Rabo.

Y lo vi, o mejor dicho, vi a la pernera de su pantalón en el momento en que desaparecía en la trasera de una furgoneta con unos rótulos comerciales.

La furgoneta arrancó a toda velocidad hacia la salida del aeropuerto.

La policía vigilaba el COLUMBIA y nadie prestaba atención a aquel vehículo que estaba a punto de salir.

Sólo lo hice yo. Me acerque a uno de los «Range Patrol» del cuerpo de bomberos de Schiphol, «convencí» al chófer de que me cediera su puesto al volante y me lancé en pos de la furgoneta.

Si nadie se había dado cuenta de la desaparición de Rabo, no pasó lo mismo con la mía. Todos me señalaron con el dedo y un

montón de vehículos salió en mi persecución.

¡Mejor! Cuantos más fuéramos, menos posibilidades tendría Rabo de escapar.

Detrás mío, un infinito ulular de sirenas, iba señalando mi recorrido.

Y entonces ocurrió lo increíble:

Varios vehículos, a pesar de la velocidad que yo llevaba, me adelantaron y rodearon la furgoneta. Sobre mi cabeza pasó un gigantesco helicóptero SIKORSKY-64 «SKYCRANE»; un aparato que puede transportar desde autobuses hasta tanques.

El helicóptero se situó encima de la furgoneta, de su costado se desprendieron unos gruesos cables metálicos acabados en placas imantadas que se adhirieron a los costados y al techo de la furgoneta.

Después el helicóptero se limitó a elevarse en el cielo llevándose a rastras a la furgoneta.

Mientras yo lo miraba boquiabierto, los coches que se habían situado delante de mi comenzaron a frenar. Yo lo hice para evitar arrollarlos. Cuando nos detuvimos en el arcén, un joven bien trajeado se acercó hacia mí a la carrera saludándome efusivamente.

—¡Buen trabajo, muchacho! —Me dijo a modo de saludo, alzando el pulgar de su mano—. Doug Delaware estará muy contento de tu labor.

Y luego, tras mirar sobre sus hombros y comprobar que nadie nos podía escuchar, añadió:

—Yo también soy de la CIA.

No pudo decir nada más. Varios coches de los que se habían lanzado en nuestra persecución, nos habían alcanzado.

Rápidamente, la policía, siguiendo las instrucciones que les daba el joven agente de la CIA, me ayudó a subir en su coche, y nos escoltaron de nuevo hacia el aeropuerto, donde un potente avión nos estaba esperando, con los motores en marcha.

—En unas pocas horas estaremos en casa. —Me dijo «mi» agente de la CIA—. No le garantizo un buen tratamiento al hindú. Los chicos del departamento de Estado y los de Defensa tenían muchas ganas de atrapar a algún agente de ELECTRA.

Nunca había oído aquella palabra, pero me pareció que si lo decía, mi joven agente enmudecería, así que callé.

—Esos tipos nos llevan de calle a nosotros y a los «ruskis». ¡Y esta vez han estado a punto de conseguir que nos liáramos en una guerra a golpe de missil nuclear…!

—Me alegro de haber conseguido evitarlo… —añadí yo sin comprometerme.

Mi agente se frotó las manos.

—Ahora, ese hindú nos va a contar un montón de cosas: quién está detrás del nombre de ELECTRA, de dónde sacan la financiación para sus gigantescas operaciones…

Aquel nombre me sonaba a SPECTRA, la organización contra la cual había luchado el agente 007, James Bond. Así se lo dije al hombre de la CIA.

Se quedó mirándome boquiabierto.

—Caramba, muchacho… ¡Creo que has dado en el clavo! ¿Cómo no se le habrá ocurrido a nadie antes? Sí, parece como si ELECTRA imitara a SPECTRA.

Durante el resto del viaje, mi joven agente, se dedicó a contarme un montón de cosas que yo no debería de saber jamás, un montón de cosas que iban a convertir a Zenna en la periodista mejor informada de todo el periodismo mundial.

ELECTRA había conseguido hacer desaparecer un portaaviones de la Sexta Flota, había robado una buena cantidad de las reservas de uranio de la URSS… y en esta ocasión había conseguido controlar todos los cohetes de la «Guerra de las Galaxias» y hacer que sólo obedecieran a las órdenes de ellos.

—¿Te imaginas, muchacho? ¡Son casi indestructibles!

Casi ni le escuchaba. Necesitaba un tiempo para ordenar todas aquellas cosas en mi cerebro, y poder contárselas con todo lujo de pelos y señales a Zenna, así que cerré los ojos para pensar.

Creo que cuando me dormí, ya lo había memorizado todo.

Desperté agitado por Doug Delaware, que parecía muy ansioso de estrechar mi mano.

Me zarandeó por los hombros y me dijo:

—¡Bienvenido a casa!

Yo, recién despierto bruscamente del sueño, dije lo primero que me vino a la memoria:

—¡ELECTRA!

Doug Delaware miró fijamente a su agente.

—Yo creí que él sabía… —dijo muy nervioso.

Doug sonrió falsamente y añadió:

—Has hecho bien en decírselo. A fin de cuentas, ha actuado como el mejor de nuestros agentes en un par de ocasiones. —Y dirigiéndose a mí—. ¡Ahora vamos al laboratorio! Tienes que someterte a una serie de pruebas para saber en qué estado te encuentras.

Me condujeron como un borreguito hasta un cuarto acolchado. Allí sólo había una mesa, dos sillas y un doctor en bata blanca.

—Siéntate cómodo. —Me dijo a modo de saludo—. Necesitas descansar.

Era un hombre de una mirada penetrante y profunda.

—Descansa… descansa…

Verdaderamente no debía de haber dormido mucho rato, porque mis ojos comenzaron a cerrarse, a cerrarse…

—Descansa… relájate…

Toda la habitación comenzó a hacerse borrosa. Yo sólo podía ver aquellos ojos y escuchar aquellas palabras:

—Descansa… relájate… ¡Olvida!

CAPÍTULO VIII

Zenna me recibió con los brazos abiertos.

Y los cenó sobre mi cara en el momento en que le dije que no recordaba nada de lo que había sucedido después del aterrizaje.

—He sufrido mucho stress… —Dije yo repitiendo la explicación que me había dado el doctor—. Tengo una amnesia local y temporal. El doctor me ha dicho que no es nada grave.

—¿Cómo puedes no recordar si han sido los rusos quienes boicotearon el experimento? ¡Al menos eso!

—No… no recuerdo nada… ¡Es como si tuviera un gran agujero!

—¡Maldita sea! Corren mil rumores que hemos estado a punto de entrar en la Tercera Guerra Mundial y tú me dices que no te acuerdas de nada… ¡Toma! ¡Lee el periódico, a ver si se te refresca la memoria!

El periódico decía lo que yo recordaba: que la cooperación entre los «ruskis» y nosotros había sido excelente, que el aterrizaje forzoso había sido debido a un fallo de los equipos de navegación, que el SPACE LAB había quedado allí arriba sin tripulante, pero cumpliendo su misión… También decía que el astronauta hindú Rabonisarpanda Nisarandamari había fallecido en un accidente del avión que lo traía a Estados Unidos.

—No puede ser que no recuerdes nada —seguía insistiendo Zenna—. A ti te han hecho un lavado de cerebro, te han hecho olvidar lo que no les interesaba…

¡Zenna y su afición por la ciencia ficción! ¡Siempre veía conspiraciones por todas partes!

Aprovechando que ella se iba a trabajar, yo me acerqué al banco para sacar dinero. Allí estaban esperándome mis cien mil dólares, tal y como los había dejado.

Con aquello pagaría mis deudas con Zenna y la calmaría un poco…

Antes de volver pasé por Bloomingsdale y por una carísima *Delicatessen* de la Quinta Avenida.

Cuando llegué a casa de Zenna, llevaba un valiosísimo collar de perlas y un surtido de caviar, *champagne* francés, pescados ahumados…

Zenna me esperaba con un tipo… ¡Se acabó la velada íntima!

Nos presentó y antes de que hubiera podido decir nada, se volvió hacia el intruso y le dijo:

—Creo que a mi amigo le pasa algo en la vista…

El intruso se acercó a mí y me miró a los ojos.

—Relájese… relájese y descanse…

* * *

Cuando volví a despertarme, Zenna me miraba muy sorprendida. Junto a ella había un montón de folios garabateados.

—¡Es increíble «Indy»! ¡Se trata del secreto mejor guardado de toda la historia! Si mañana lo publicase, nadie creería ni una sola palabra… ¡ELECTRA!

Me explicó detenidamente todo lo que yo había contado en estado hipnótico.

—Necesitamos pruebas de todo esto… —comenzó a decir Zenna —. Hasta ese momento sólo podemos estar atentos por si sucede algo que pueda ser achacado a ELECTRA. Y tú, por tu seguridad, será mejor que hagas como si no supieras absolutamente nada de esto. —Y añadió amenazadoramente: Si la CIA o la KGB se enteran de que has hecho memoria de todo…

Decidí hacerle caso. Además, yo no recordaba nada, todo me lo había contado Zenna, y ya sabemos que le gusta mucho la literatura de ciencia-ficción… ¡Quién sabe si no estará gastándome una broma!

—¡ELECTRA! —Repitió Zenna—: ¡ELECTRA!

FIN



Los libros de esta colección estaban firmados con el seudónimo de Indiana James, pues se suponía que los escribía el personaje. Detrás de ese seudónimo, en algunos sitios de la Web dicen que se escondía Juan José Sarto, y es cierto, pero no es toda la verdad. Los libros estaban escritos, por así decirlo, a cuatro plumas. Sí, es extraño el caso, y pienso que es algo muy interesante pues no creo que se haya dado este caso en más ocasiones en el mundo del bolsilibro. Cuatro autores, con muchas tablas a sus espaldas, se escondían tras el seudónimo: Juan José Sarto, Francisco Pérez Navarro, Jaime Ribera y Andreu Martín.

Estos cuatro escritores, que ya venían del mundo de la historieta y del TBO, se lo pasaban en grande escribiendo estas locas aventuras. Según Francisco Pérez Navarro, se reunían, hacían una especie de lluvia de ideas, y luego uno redactaba la novela y otro la corregía, y así se iban turnando cada vez. Según me cuenta el propio Andreu Martín, en los comentarios a esta entrada, se reunían siempre en un bar llamado Esterri para idear las aventuras de nuestro querido Indiana James. Las historias enlazaban de un número al siguiente. Las dosis de humor nunca faltaban. En las historias, todo el mundo confundía

a Indiana James con «el de las películas», y él siempre tenía que explicar que no se llamaba Indiana por él, sino porque corrió las 500 millas de Indianápolis. Estos cuatro amigos, se llamaban a sí mismos los Narradores Asociados, y en los otros bolsilibros que publicaban, se ponían seudónimos que empezaban por
N y A,
para hacer honor a este grupo.

Fernando Guijarro, también escribió algunos números de Indiana James, aunque él lo hizo solo, debido a que los otros escritores estaban todos en Barcelona, pero él estaba en Granada. Los números que escribió él:

- 28 - Siglos bajo el agua.
- 29 - Judy con esquís en los diamantes.
- 31 - Paloma, caballo y rey.
- 32 - Lentas pasan las horas junto al río.
- 33 - Infinitas horas en Le Mans.
- 36 - Esto no es el cine, chico.
- 37 - ¡Viva Siva!
- 38 - En el nombre de Alá, por zona caliente.
- 40 - Para acabar con una pesadilla.

La serie de Indiana James, se encuadraba dentro de la colección Grandes Aventuras, de Astri. Dicha colección constaba de 54 números, entre los que había 46 números de Indiana James. Jaume Ribera y los otros autores sólo escribieron hasta el número 34 de esta colección; por lo que sigue siendo un misterio quién o quiénes escribieron el resto de números de Indiana James. Hay 8 números que tienen otros protagonistas: Ranko, Cocodrilo *Dandy*, Aniquilator, Brigada Antivicio, Colores de Violencia y Los Intocables de Chicago. Estos bolsilibros con otros protagonistas de la Colección Grandes Aventuras de Astri, fueron escritos por Juan Gallardo Muñoz (Curtis Garland).

Listado de la colección:

- 1 - Hong Kong *rock*.
- 2 - El diente de perro.
- 3 - La maldición de los 1000 siglos.

- 4 - El panteón flotante.
- 5 - En busca de la prehistoria.
- 6 - El tesoro de Gardenfly.
- 7 - Ojo por diente.
- 8 - Locos de atacar.
- 9 - La amenaza invisible.
- 10 - El tren de carretera.
- 11 - Ayer, hoy y mañana.
- 12 - Razones de estado.
- 13 - Un autobús muy… espacial.
- 14 - El filo del aullido.
- 15 - Camelo-T.
- 16 - Séptimo hijo de séptimo hijo.
- 17 - Recuerde el arma dormida.
- 18 - Cosecha negra.
- 19 - Los hijos del átomo.
- 20 - Desafío a las estrellas.
- 21 - El viejo de la montaña.
- 22 - Electra es una cruel amante.
- 23 - Judy con esquís en los diamantes.
- 24 —*Rally* Beirut… ¡Muerte!
- 25 - Vacaciones, malditas vacaciones.
- 26 - Doble… o sencillo.
- 27 - La herencia de Rickenbauer.
- 28 - Siglos bajo el agua.
- 29 - El despertar de la bestia.
- 30 —… Y los sueños, sueños son.
- 31 - Paloma, caballo y rey.
- 32 - Lentas pasan las horas junto al río.
- 33 - Infinitas horas en Le Mans.
- 34 - Aventurero o escritor.
- 35 - Kali no es Kali.
- 36 - Este no es el cine, chico.
- 37 - En el nombre de Ala, por zona caliente.
- 38 - ¡Viva Siva!
- 39 - El engendro.
- 40 - Para acabar con una pesadilla.

- 41 - Duende sobre aguas turbulentas.
- 42 - Las flores del mal.
- 43 - ¡Peste de pasta!
- 44 - Aniquilador.
- 45 - Los intocables de Chicago.
- 46 - Invierno en el infierno.
- 47 - ¡Ranko!
- 48 - Cuestión de principios.
- 49 - Risa de difuntos.
- 50 - Las mil y una dachas.
- 51 - Contra los dioses del odio.
- 52 - El Tesoro del sol naciente.
- 53 - Colores de violencia.
- 54 - Brigada antivicio.

Información extraída de: http://reinosdemiimaginacion.blogspot.com.es/

Notas

[1] Ver «RAZONES DE ESTADO», n.º 12 de esta colección. < <

[2] Ver «EL PANTEON FLOTANTE», n.º 4 de esta colección. < <

[3] Ver «EL TREN DE CARRETERA», n.º 10 de esta colección. < <

[4] Ver el «TESORO DE GARDENFLY», n.º 6 de esta colección. < <